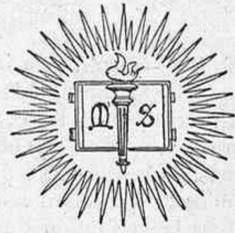


# La Ilustración Artística



AÑO XXVI

← BARCELONA 1.º DE JULIO DE 1907 →

NÚM. 1.331



LA SAGRADA FAMILIA, cuadro de Camilo Innocenti. (V Exposición Internacional de Arte. Barcelona. 1907.)

Es este indudablemente uno de los cuadros que más llaman la atención en la sección italiana de nuestra exposición actual, así por la originalidad con que el artista ha tratado el asunto, como por la sobriedad y firmeza del dibujo y por el vigor y armonía del colorido. Innocenti, que goza de grande y merecida celebridad en Italia, no es un desconocido para los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, en cuyas páginas hemos publicado, entre otros, *Escuchando un cuento* y *Sevillana* que, como el que hoy reproducimos, acreditan su maestría.

## SUMARIO

**Texto.**— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *El santo de la maestra*, por Alfonso Pérez Nieva. — *El célebre escultor holandés Enrique Teixeira Mattos*. — «*Los amigos*», cuadro de U. Coromaldi. — «*Procesión del Corpus en la iglesia de San Pedro de Roma*», cuadro de P. Joris. — *V Exposición de Arte. La sección japonesa*. — Barcelona. — *Las fiestas de junio. La rondalla gallega. La banda militar francesa. Las carreras á pie*. — Las Arenas de Barcelona. — Miscelánea. — *Problema de ajedrez*. — *El marido de Aurette, segunda parte de Aurette*, novela ilustrada (continuación). — *Algunos problemas casi resueltos por la ciencia*, por Arturo Dellling. — Libros recibidos.

**Grabados.**— *La Sagrada Familia*, cuadro de Camilo Innocenti. — Dibujo de Cutanda que ilustra el artículo *El santo de la maestra*. — *Hacia el establo*. — *Leona con su cachorro*. — *En acecho*. — *Engañada*, esculturas de Enrique Teixeira Mattos. — *Los amigos*, cuadro de Umberto Coromaldi. — *Procesión del Corpus en la iglesia de San Pedro en Roma*, cuadro de P. Joris. — Barcelona. *Vistas de la sala japonesa de la V Exposición internacional de Arte*. — Narbona. *Entierro de las víctimas con motivo de la crisis vitícola del Mediodía de Francia*. — Barcelona. *La rondalla gallega «Airiños d'a miña terra»*. — Llegada de la banda francesa á Barcelona. — *Una belladad*, cuadro de F. Zmurco. — *Retrato de mujer*, pintado por Rembrandt. — Barcelona. *La plaza de toros nueva convertida en circo ecuestre*. — *Carreras á pie*. — Grabados referentes á problemas casi resueltos por la ciencia. — *Relieve para un sepulcro*, obra de Juan Schwegelerle. — Barcelona. *Banquete al escultor José Llimona*.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¡De qué manera cambia el aspecto de las cosas un poco de verde! Sí, un poco de verde: el verde es tan necesario al hombre como al animal..., y nadie saque la consecuencia de que no es también animal (hablando de acuerdo con las ciencias naturales) el hombre. Estas reflexiones, que nadie tildará de nuevas ni de profundas, me las sugieren unas copas de árboles que se ven por las ventanas de la Biblioteca del Ateneo de Madrid: el color dulce y alegre del follaje se mete por los sentidos y refresca los ojos, y los pajarillos, á centenares anidados en las ramas y gorjeando á porfía con sus arpadadas lenguas, ponen en música los ruidos prosaicos del arrastre de sillas, taconeo de botas, golpeo de tomos sobre los pupitres y rasgueo de plumas sobre el papel, únicos que rompen el silencio de la labor docta, á menos que una conversación bisbiseada infrinja el deber de callar y respetar el trabajo ajeno que allí tiene todo el mundo.

\* \*

Si se buscara un rasgo típico que distinga á nuestra edad de edades pasadas, sería este del verde, convertido en elemento de ornato, salud, regocijo y lujo del hogar. En otro tiempo se adornaban con flores los salones, los comedores, los gabinetes: hoy, sin prescindir de las flores y prodigándolas más que nunca, les disputan el favor las plantas, los arbustos, el verde, que simboliza á la naturaleza. Una palmera, con ó sin lazo, es el complemento de un rincón artístico, en las residencias elegantes. Y estimando lo poético de las flores, sus tonos brillantes y vivos, sus frescuras de porcelana y sus turgencias de raso, sus perfumes insinuantes ó violentos, sus esmaltes inimitables y sus yacenes lánguidos de mariposa que no aletea, yo he sentido siempre una preferencia declarada por los árboles: no me extraña que en las teogonías primitivas se les diese veneración.

\* \*

Un grueso folleto titulado *Arboles*, de que es autor D. Francisco González Díaz, publicista canario, acaba de agregarse á la pila de libros que los autores tienen la cortesía de remitirme. El título me atrae, y al abrir el folleto (¿debo llamarle así?, tiene ciento y pico de páginas), leo que está impreso á expensas de D. Ramón Madan, entusiasta protector y cultivador del arbolado; lo cual me inspira, desde el primer instante, consideración ilimitada hacia D. Ramón Madan. El prólogo es del Sr. Cabrera Pinto, y en él hallo un párrafo que me recuerda el estreno del drama *La herencia de Arais*, de los hermanos isleños Millares Cubas, en que tanto papel desempeñaban los árboles seculares, la floresta profunda, como los actores. «Hemos visto indiferentes—escribe el protagonista—cómo el hacha del leñador, impulsada por sordida codicia ó alentada por un caciquismo de histórico, noble, antiguo abolengo, tan antiguo como la conquista, iba talando aquellas selvas frondosas, aquellos bosques vírgenes, verdaderos templos de la raza guanche, cantados por nuestro inmortal poeta Viana.» (1) A pesar de la afirmación del Sr. Cabrera,

(1) Me alegraría conocer lo que escribió este poeta, del cual confieso paladinamente que no tenía noticia.

yo creo que en Canarias ha producido sentimiento la corta de árboles tan viejos y magníficos. Bastaría este libro y el drama de Millares para demostrar que hubo quien deploró desde el alma la profanación.

\* \*

El autor del folleto—según nos informa el prologuista—es propagandista infatigable del arbolado en la tribuna, en la prensa, en el libro. Se halla persuadido de que una de nuestras «leyendas de oro» más falsas y quiméricas, es la referente á la fertilidad del suelo español, leyenda que echó abajo Cánovas del Castillo al explicar la evolución de nuestra historia por nuestro territorio erial y de secano. ¿Hubo épocas en que España fué un vasto jardín? ¿Lo fueron en sus primitivos tiempos las Islas afortunadas? De estas últimas bien cabe presumirlo, puesto que ha sido necesaria la tala para modificar su paisaje; como dice González Díaz, desnudar á las islas del ropaje de espléndida vegetación que conservaban desde el tiempo de los progenitores guanches, adoradores del árbol. Respecto á la Península ibérica, dudo que nunca (sobre todo en la meseta central) la vistiese soberbio manto de verdor.

El autor del folleto se pregunta: si resucitasen esos viejos pobladores de la isla, esos guanches cuyos huesos y cuyos utensilios y trabajos artísticos empiezan á desenterrarse ahora, ¿qué dirían viendo cómo los vetustos árboles han sido impiamente descepaados? La civilización—se les contestaría—ha pasado por aquí, y la civilización tiene la mano dura. Pero ¿es que á la civilización le compete destruir la belleza, despojar la tierra, esterilizar y afeardar el sitio en que habitamos?

\* \*

Lo que más me agrada en el autor del folleto, es que tiene el valor de escribir (exponiéndose á necias y pueriles protestas) que su isla nativa no es hermosa, y que al descalvarla se ha visto su aridez y sequedad. El lugar común del «país más bello del mundo» nos atisga cuando leemos descripciones de tierras, comarcas y regiones. Al país natal no se le quiere menos porque existan otros de mayor amenidad. Y si le faltan árboles, ¡á plantarlos! La obra más altruista, más desinteresada, es esta plantación. El árbol que plantamos, atento á la brevedad de la vida, nos dará escasa sombra. Pero las obras gloriosas son aquellas en que se trabaja para la inmortalidad del porvenir.

Entresacaré datos del folleto. Los Estados Unidos han plantado, en el espacio de pocos años, cuatrocientos trece millones de árboles. En Francia, Inglaterra, Rusia y Bélgica, se planta sin descanso. Don Domingo Aguilar, hijo de las Palmas, plantó en breve plazo veinte mil árboles, convirtiendo un páramo en un oasis delicioso. El padre Cámara, anterior obispo de Salamanca, dirigió circulares á sus párrocos en favor del desarrollo de la arboricultura. ¡Qué hermoso sería que cada párroco, al cesar en sus funciones, dejase tras de sí, alrededor de la rectoral, un plantío, la base de un bosque, la línea de una alameda! El padre Cueto, obispo de Canarias, siguiendo el impulso, se dirigió también á los párrocos, encomendándoles el celo en poblar de árboles todo terreno que tuviesen á su disposición. Con tal motivo, la actividad de los propietarios se despierta, y ciertos acaudalados isleños se apresuran á ordenar grandes plantaciones. Y (lo mismo que sucede en mi tierra) vienen los Atilas de la vegetación, y dañan, por pura barbarie, á los nacientes arbolitos.—Comprendo la indignación de González Díaz. No olvido la impresión de rabia que sufrí al ver dos negrillos, plantados por mí ante una portalada de las Torres de Meirás, y que sangraban la herida practicada por cruel navaja, alrededor de su tronco y con brutal desgarramiento de su corteza. Me pareció que le habían dado una puñalada traidora á un ser vivo. El que fué capaz de esto, sería capaz de asesinar á un semejante.

\* \*

También por acá se han hecho (sin gran insistencia y no sé si con resultado feliz) campañas por el arbolado; y se ha celebrado la *Fiesta del Arbol*, creo que por iniciativa de S. M. la reina Cristina de Hapsburgo, y se han compuesto cantatas para que los niños, al entonarlas, aprendan á respetar y querer á los árboles... Y no cabe duda: por lo menos, en los caminos y carreteras, se planta arbolado (plátanos, álamos blancos, generalmente), aunque no siempre quien debe realizar esta mejora la realice, y algunos caminos, como el que va hacia mis Torres, se quedan eternamente sin su doble fila de sombrillas ver-

des, agitadas por el aire... La plantación (sucede generalmente aquí con todo) se inicia, pero va con calma, á paso de tortuga perezosa, luchando con el peso muerto de las preocupaciones, con la idea de que los árboles perjudican á los sembrados, con la ruda y áspera avidez del labriego, con la inercia de las voluntades que no viendo provecho inmediato no se desesperan.—Y menos mal en las provincias del Norte. Donde es desconsoladora la calvicie de la tierra es en las estepas castellanas. Grises, pardas, infinitas, un sol de brasa las retuesta durante el día, y de noche las barre el cierzo enviado por las sierras, contra el cual no las defiende ningún parapeto de frondosidad. Cuando casualmente, durante el viaje de verano, al atravesar el despoblado interminable, los campos de trigo que ya madurecen sembrados de amapolas, la vista tropieza con alguna plantación de árboles, unas jóvenes acacias, que bambolean dulcemente su cabellera fresca y tiernecilla, los ojos se recrean y descansan, el espíritu siente placidez. El árbol moderno no es el obscuro chaparro, el retuerto olivo de las soledades castellanas: es árbol derecho y bien guiado, plantado de distancia en distancia, no propicio á que entre sus espesuras se embosque el saltador aguardando al viajero. Tal vez el terror á los bandidos, que se refugian en los bosques, haya contribuido á que no se plantasen árboles, allá en otro tiempo. Ahora sólo tenemos al *Pernales*, y eso en la clásica tierra de jaques, guapos y bandoleros, en Andalucía. Podemos esperar sin miedo la zona de vegetación alrededor de nuestras casas.

\* \*

El que planta árboles—y no sólo árboles, sino también arbustos de adorno y capricho—ejerce, que lo sepa ó no, contagio sobre los que le rodean. Alrededor de nuestra casa de campo, algunas modestas casitas de cultivadores y colonos lucen ya un seto de rosales enredadera, un valladar de romero, una nota de poesía y gracia, en vez de los escajos y las ortigas que antes constituían su única guarnición. Especies frutales de las más sabrosas figuran en los huertos aldeanos; son patrones injertados de los que mi madre hizo traer de Bélgica y Francia. Los pinares melancólicos prevalecen aún, pero ya se ven plátanos en abundancia, sauzales y olmos, y en algunos paseos urbanos, magnolias, mimosas y gomeros. El árbol ha conquistado derecho de ciudadanía.

\* \*

Un árbol que yo quería va desapareciendo: el castaño.—No sabemos cuál insidiosa enfermedad mina sus recios troncos: mejor dicho, sabemos que se trata de un gusano roedor, que se instala en el nudo de las raíces y ataca la vida. El color verde sombrío del castaño palidece entonces; sus hojas, poco á poco, amarillean; y hacia el mes de agosto—época crítica para la vegetación—el mustio follaje se cae precozmente y quedan sólo las desnudas, secas ramas... Alrededor del muerto se van otros, enfermos; es que se ha extendido la infección.—De remedios se habla mucho; se leen artículos kilométricos en periódicos especiales; pero hasta la fecha ninguno de estos medicamentos ha sido ni eficaz ni de fácil aplicación. Los magníficos castaños, las derechos y valientes vigas, van cayendo también bajo el hacha, no porque nadie desee su muerte, sino porque les ha desahuciado la experiencia forestal. «Cortarlo antes que seque, cortarlo mientras conserva la savia...» Y cae el gigante, con el ruido fragoroso que imprime en el alma el dolor de lo fatídico...

\* \*

Voy hilando todo esto para probarme á mí misma que, sin haber hecho campaña de ninguna especie en pro del arbolado—cada día siento menos afán de campañas, quizás será achaque de la edad que declina,—no dejo de profesar cariño á los altos troncos y á las copas vastas como lagos de verdura, donde se posan, en invierno, al verlas despojadas, los cuervos y los gavilanes. Sí: sucede que hay cosas que nos son enormemente simpáticas, que nos hacen pensar, sentir..., y no damos un paso á fin de que aumenten. Admiró á los que trabajan por propagar beneficios; no sé imitarles. Si tuviese que salir por ahí predicando que se planten arbolillos, creo que preferiría vivir en un yermo.

Hay en esto cierta estética de ilusión. Me gusta creer que los árboles nacieron solos, como sucedía en el Paraíso terrenal, donde Adán y Eva se encontraron la higuera ó manzano, no sólo plantado, sino ya crecido y con fruto.

EMILIA PARDO BAZÁN.



... y la reconviene por no haber venido á felicitarla cuando las demás

EL SANTO DE LA MAESTRA

Salían las mayores del colegio hacinadas como ovejas en compacto pelotón, y mientras las pequeñas saltaban y triscaban por entre los árboles de la explanada como cervatillos al sol, las otras charlaban todas á porfía, quitándose la palabra y pisándose y empujándose distraídas en su prurito de hablar, con mucho «Hija,» por aquí, é «Hija,» por allá, con ese amaneramiento de dicción propio de la niñez femenina asomando á la pubertad.

El tema que traían entre lenguas era muy interesante para todas. Al día siguiente celebraba la maestra su santo, no habiendo clase con tan fausto suceso, y se trataba de venir á un acuerdo para coincidir con la sección de las mayores en la hora de darla los días. Con este motivo cada cual hablaba del regalito que habría de traerla, preguntándose unas á otras en qué consistía el respectivo obsequio y elogiando el propio al mencionarlo, con la tendencia de la infancia á la hipérbole y con el fondo de vanidad prematura que no falta ni aun en esos capullos de mujer que se llaman niñas.

—Yo la pienso regalar dos preciosos pañuelos de batista para la mano, decía una linda bermeja con mucho meneo de las dos suyas. Ya los veréis, de última novedad.

—¡Pero eso está muy visto!, exclamaba á su vez otra rubita, añadiendo con una formalidad que resultaba graciosísima en sus once años: Mamá y yo hemos convenido en comprarla un tinterito modernista.

—¡Ay, hija, no digas, porque los pañuelos son de siempre.

- ¿Y tú, Luisa?
- Pues, hija, yo un portaplumas.
- Yo un estuchito de costura.
- Yo una polvera.
- Yo...

Desfilaron por la plaza todas las vitrinas del Bazar X, todas sus polveras, sus peincillos, sus cinturones; el santo de la profesora iba á significar para los apreciables comerciantes un manantial de pesetas, surgiendo sobre sus mostradores acristalados bajo la varita mágica de una tierna costumbre tradicional, á juzgar por lo que aquellas boquitas de granada iban diciendo, á la vez que se encaminaban á sus casas, á lo largo de la ancha arteria del suburbio popular, en una de cuyas vías afluentes se hallaba enclavado el colegio modestísimo, sostenido por dos docenas de niñas de la última capa de la clase media, singularmente de empleados de poco sueldo de las cercanas oficinas del ferrocarril.

tristeza lo que sus condiscípulas hablaban. En su puro semblante bañado de inocencia reflejábese una contrariedad sombría. Nadie la dirigía á ella la palabra, ni nadie la preguntaba nada, ni nadie la atendía, y á pesar de su candor natural en sus cortísimos años, no dejaba de comprender el vacío que se la hacía en torno. Ninguna de sus compañeras ignoraba que recibía la educación de limosna, compadecida la maestra de aquella pobre criatura sin padre y sin otro amparo su madre que el de su trabajo manual asistiendo en las casas. Parece que en el propio colegio había prestado ésta sus servicios en más de una ocasión, y tal vez descubriendo la profesora en la criatura algún despejo natural ó creyendo ejercer una obra de caridad educándola y no dejándola embrutecerse y acaso á la larga prostituirse, no había vacilado en brindarla con sus lecciones sin remuneración alguna, circunstancia que no ignoraba la turbamulta de sus camaradas, que en seguida la pusieron su correspondiente mote, llamándola lisa y llanamente *la pobre*. Y aunque no se lo decían en propia cara, al menos por lo regular, que en casos contados de camorra no dejaba alguna de las rapazuelas de soltarle el apodo con esa inconsciencia con que la niñez hunde el puñal de su franqueza, la huérfana había concluido por no ignorar el alias injurioso que la colmaba de dolor y de timidez.

En su sala de visitas del colegio, adornada un poco á la antigua, recibía la maestra á sus discípulas que iban á felicitarla «con motivo de su santo,» como escribían algunas niñas que no habían podido cumplir personalmente con «tan grato deber.»

Conforme al plan convenido al salir la víspera del colegio, todas ó casi todas las niñas se habían reunido á la misma hora en casa de su profesora, muy peripuestas con sus trajes de fiesta y sus sombreritos de plumas, cuales con sus madres, cuales sin ellas y agregadas á cualquier condiscípula de su intimidad, y allí permanecían alegres y gozosas, riendo á carcajadas, los ojos ingenuos llenos de luz y de satisfacción, dando vueltas en torno al velador de losa de mármol, situado como un monumento en medio de la sala y sobre el que convidaban á la gula los clásicos dulces secos y las no menos tradicionales copitas de vinillo claro, y cogiendo en aquel apetitoso huerto de confitería cuanto les agradaba, no siendo con exceso, pues la solemnidad del día dispensaba de disciplinas y medidas, de cuanto oliese á severidad escolar.

La maestra, una joven un poco marchita, en sus treinta años quizás, hacía los honores verdaderamente complacida, ayudada de su madre, una venerable señora inválida, que para andar mal y despacio nece-

Sólo una niña, una morenilla como de diez á once primaveras, vestida humildemente de luto y arrebujada en una toquilla negra, revelando en sus raídas ropas la miseria limpia y decorosa y en sus botas agrietadas la mayor escasez, iba en el grupo sin hablar, sin desplegar los labios, como si no se creyera digna de alternar con las demás y oyendo con evidente

sitaba apoyarse en un bastón muleta. Tenía la profesora verdadera vocación por su carrera y un alma buena y sencilla, y así se la conocía en el semblante lo que la satisfacía encontrarse entre aquella turbulenta aglomeración de chiquillas, que transformaban su casa en una canariera, llenándola de un ambiente de frescura y juventud, y que la volvían loca hablándola todas á la vez. «¡Doña Pepita, qué bien le sienta á usted esa blusa!» «¡Doña Pepita, qué guapa está usted hoy!» «Doña Pepita, ¿me como otra yema?» «¡Doña Pepita!..» Y doña Pepita no cesaba de decir: «¡Jesús, Jesús! ¡Me vais á desgastar el nombre! Pero ¿cómo queréis que os conteste si os quitáis una á otra la palabra! ¡No engulláis tanto! ¡Menudo cólico á la noche! ¡Ya te manchaste, Luisa! ¡Eres muy atropellada! ¡Amparo, no me gusta que hagas eso! ¡Ninguna señorita habrás visto urgándose las narices! ¡Doña Micaela, un chupito de moscatel!»

Toda la tarde estuvieron allí, rodeando á doña Pepita, curioseándola la sala, asomándose al balcón, haciendo que las enseñara el álbum de retratos de familia y poniendo defectos á cada uno de los parientes ó amigos. Al cabo se fué el tiempo, entró el suave crepúsculo de una tarde serena de marzo, y á punto de encenderse los faroles del alumbrado público, el alborotador concurso dió por terminado el agasajo y se dispuso á marcharse y se marchó, después de un aluvión de besos sonoros, en que no pareció sino que rasgaban muchas telas en la estancia.

Como el anochecer era plácido y tranquilo, la maestría asomóse al balcón para ver marchar á su gente menuda, que comenzó á despedirse de ella la mano en alto y moviendo los dedos, y entonces fué cuando la profesora distinguió á poca distancia, en una esquina, mirando hacia el colegio, á la hija de la asistenta con su negra silueta de luto é inmóvil y como ensimismada.

«¿Qué hace ahí esa criatura?», se dijo la profesora. Tuvo que confesarse entonces que no se había acordado de ella en toda la tarde, solicitada por la presencia de las demás discípulas, por la alegría general, y dirigiéndose á una de las últimas niñas que salían del colegio, le gritó desde el balcón:

—¡Oye, Luisa! Haz el favor de decir á la Petra..., allí está, en aquella esquina..., que suba, que tengo que darle un recado. ¡Allí, torpe, á la izquierda! Bueno. ¡Y que no tarde!

Con su raído traje negro, toda azorada y confusa, bajos los ojos y de pie derecho ante la bandeja de los dulces, allí se encuentra *la pobre*, sin atreverse á coger ni un bombón á pesar de invitarla vivamente la maestra para que lo tome y siendo preciso que ésta lo agarre y se lo dé por sí misma á la tímida criatura. La profesora la quiere, la quiere bien por su desgracia, la quiere bien por su humildad, la quiere bien por su aplicación y la reconviene por no haber venido á felicitarla cuando las demás.

—¡Estoy muy incomodada contigo! ¡Mira que no haberse dignado subir hasta que yo no te he llamado! ¿De modo que si no te veo no vienes á darme los días? ¿Por qué has hecho eso? Contesta.

—Porque como no podía regalar á usted nada..., me daba mucha pena y mucha vergüenza subir.

Y dos lagrimones se asoman en sus ojos tristes. Y conmovida ante aquel silencioso llanto y atrayéndola hacia sí con amor, dícela la maestría con dulce tono:

—¡Vaya si podías regalarme algo, lo que me vas á dar ahora mismo!

Quedóse un instante suspensa, y la niña, adivinando ante la actitud de la profesora lo que la indicaba, replicó posando sus labios en sus mejillas:

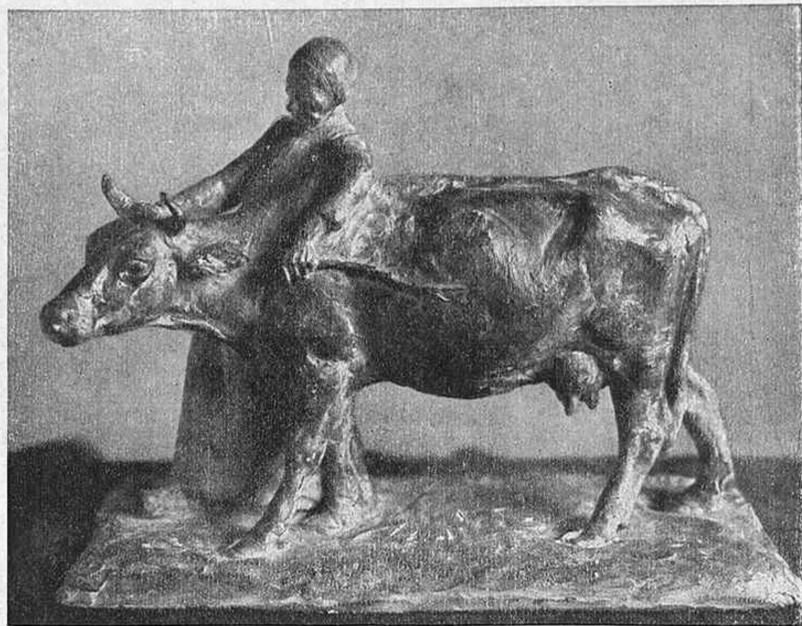
—¡Un beso!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(Dibujo de Cutanda.)

## EL CÉLEBRE ESCULTOR HOLANDÉS ENRIQUE TEIXEIRA DE MATTOS

Nació este artista en Amsterdam en 1856, de una modesta familia de comerciantes, y pasó su primera juventud en una casa de comercio; pero, impulsado por su temperamento artístico, más que á los quehaceres de su empleo, se dedicaba á dibujar muñecos en los libros mercantiles y á modelar figuritas en lacre. Al cabo de dos años abandonó su destino y entró en la Academia de Arte de Amsterdam; único alumno de la clase de escultura, no pudo disponer de



Hacia el establo, escultura de Enrique Teixeira de Mattos

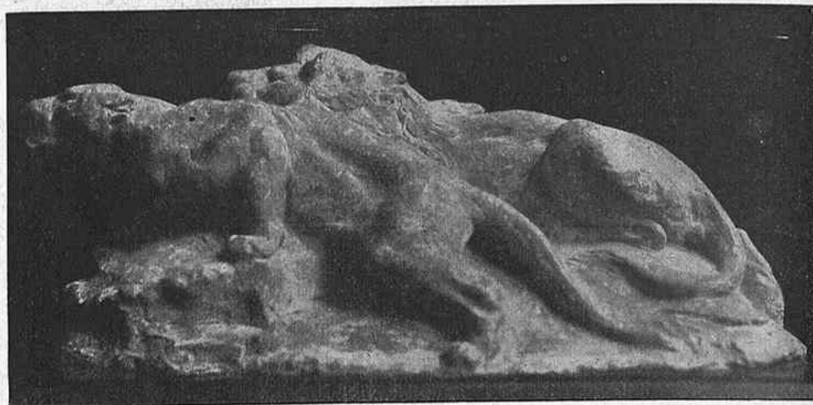
modelo y hubo de limitarse á copiar yesos, y además vióse casi falto de toda dirección, en vista de lo cual pasó á la clase del natural de la sección de pintura.

Cansado, al fin, de estudiar en tan desfavorables condiciones, marchóse á Roma cuando contaba diez y nueve años, alquiló un taller y como disponía de muy escasos recursos, para poderse proporcionar modelos apeló al medio de hacer retratos gratis de las gentes del pueblo que á ello se prestaban. Después modeló figuritas que vendió fácilmente, y en sus trabajos, más de industrial que de artista, pasó tres años, hasta que cansado de su oficio y descontento de sí mismo, regresó á su país natal, resuelto á consagrarse al verdadero arte; pero también allí tuvo que ceder á la tentación de los triunfos fáciles y continuar produciendo la clase de obras en que hasta entonces se había ocupado.



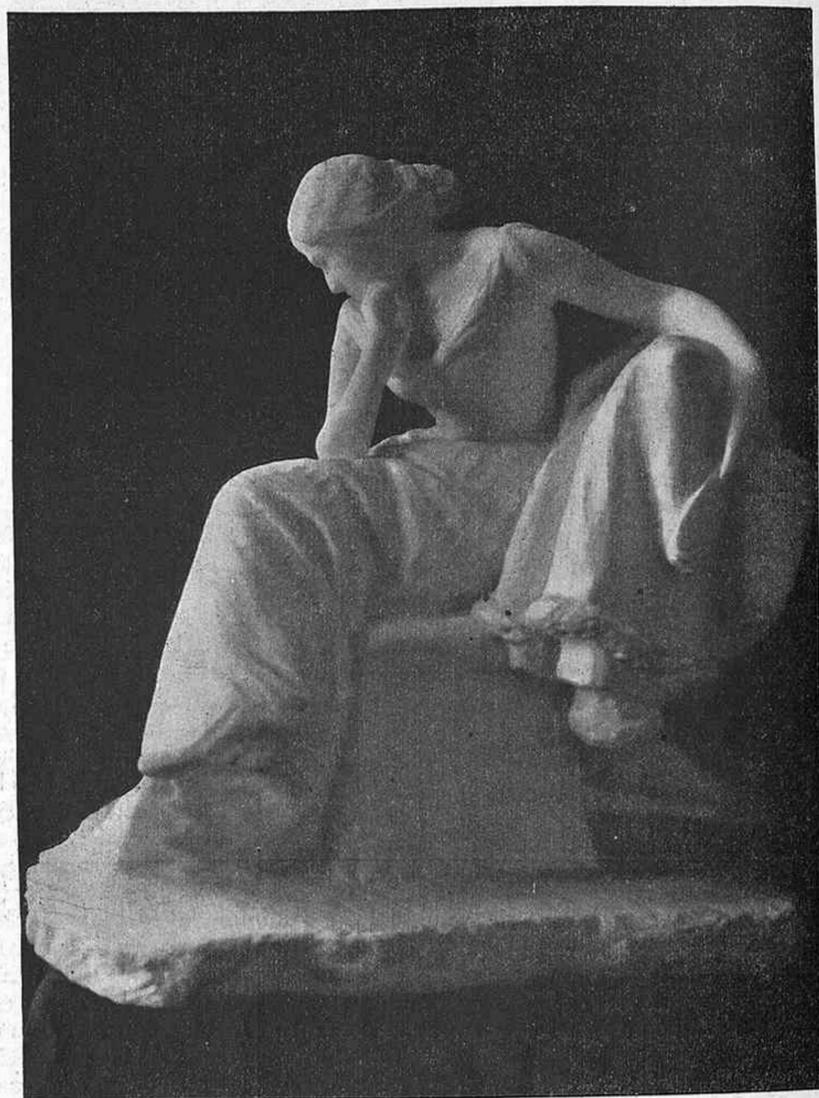
Leona con su cachorro escultura de Enrique Teixeira de Mattos

La exposición de Amsterdam de 1886 inició en la carrera de Teixeira de Mattos una nueva era: el desnudo *La esclava* que á ella envió fué objeto de ad-



En acecho, escultura de Enrique Teixeira de Mattos

miración general. En la de 1889 presentó un grupo en yeso, *Negro atacado por un tigre*, que una comisión artística quiso regalar á la Sociedad Zoológica



Engañada, estatua de Enrique Teixeira de Mattos

Holandesa, para lo cual encargó al autor que la reprodujese en mármol; pero habiendo fallecido el presidente de la comisión, ésta se desentendió del trato, cuando el artista había adquirido el bloque. Esto no obstante, Teixeira hizo la reproducción, que fué adquirida por un coleccionista londinense.

Aquella fué la obra capital del que pudiéramos llamar período de transición. A partir de aquel momento, Teixeira entró resueltamente en la senda que había de llevarle á la conquista de la fama de que en la actualidad goza, y se dedicó á la escultura de los animales.

En 1892, disgustado porque no le había sido adjudicada la ejecución de un monumento público que había de erigirse en Amsterdam, se trasladó á Londres, en donde residió siete años. La capital de Inglaterra no se mostró muy hospitalaria con el escultor holandés, cuyas obras no agradaron al público ni fueron admitidas en las exposiciones de la Real Academia.

Por último volvió en 1899 á su patria, fijando su residencia en La Haya.

A pesar de todos estos contratiempos, Teixeira de Mattos ha triunfado y hoy se le considera como uno de los escultores que mejor poseen el sentimiento de la línea y de los que con más vigor y más verdad reproducen la realidad viviente: las obras suyas que en esta página publicamos hacen innecesario todo ulterior elogio; en ellas palpita la vida y se admiran las cualidades técnicas de un verdadero maestro.—P.

LOS AMIGOS, CUADRO DE U. COROMALDI.—PROCESIÓN DEL CORPUS EN LA IGLESIA DE SAN PEDRO DE ROMA, CUADRO DE P. JORIS.

La sección italiana de nuestra V Exposición Internacional de Arte es, sin duda alguna, la más simpática de cuantas constituyen esa hermosa manifestación artística, y no es de extrañar que así sea por cuanto en las dos salas que la forman se han juntado las más reputadas firmas de aquel país.

Aparte de algunas obras que pudiéramos llamar culminantes, lo que más atrae en esa sección es la armonía del conjunto; no hay en ella ninguna nota que desentone ni por la índole de su asunto, ni por los atrevimientos ó excentricidades de ejecución; todas producen en el ánimo del espectador una impresión grata, una emoción suave que mueve al visitante á contemplarlas una y otra vez, sin que por esto experimente la más mínima sensación de cansancio.

No se crea, sin embargo, que la sección italiana peque de uniforme, de monótona, nada de esto; en los cuadros en ella ex-



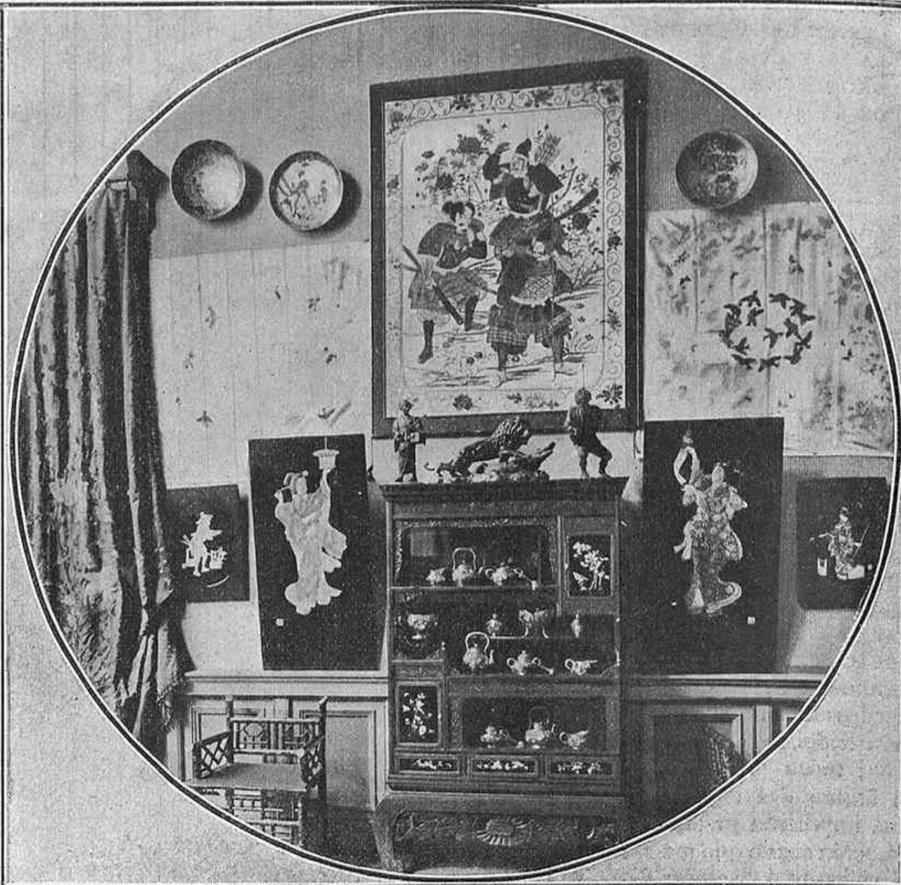
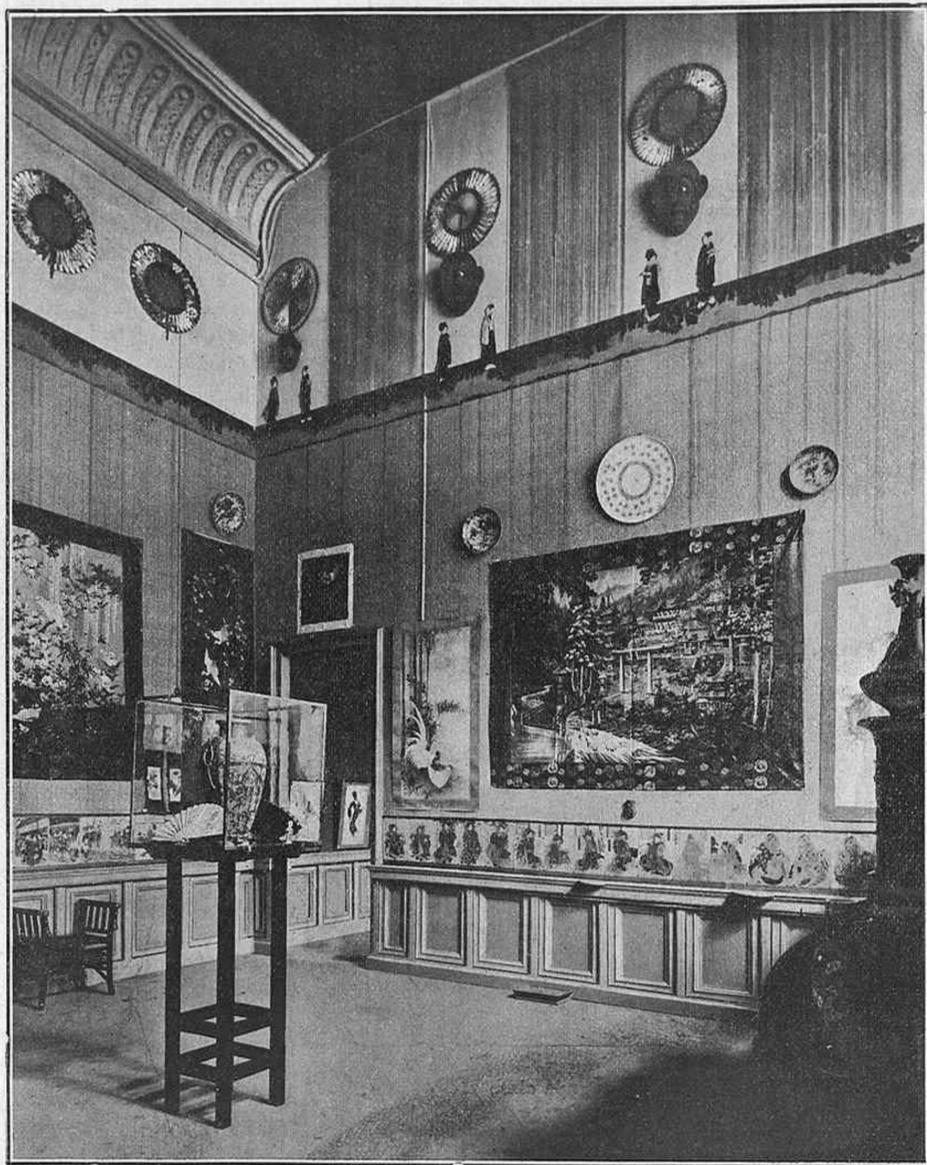
Los amigos, cuadro de Umberto Coromaldi, premiado con medalla de segunda clase (V Exposición Internacional de Arte. Barcelona, 1907.)

puestos se observa una gran diversidad de temas y de procedimientos: paisajes, marinas, retratos, interiores, cuadros de género, de costumbres, realistas, simbólicos, de todo eso se admiran allí bellísimas muestras, ofreciendo á nuestros ojos una brillante síntesis del arte italiano moderno.

En esta página reproducimos dos de los lienzos que en esa sección figuran y que con ser de géneros bien distintos, son igualmente bellos. En *Los amigos*, Coronaldi ha sentido hondamente la poesía campestre y ha logrado hacérsela sentir á nosotros con una ejecución sincera, espontánea, exenta de todo artificio; su obra es todo un poema rural. La *Procesión* de Joris es una verdadera joya: todas las figuras están perfectamente pintadas y cada una de ellas tiene su valor propio y justo dentro de la composición total; la distribución de los términos, la agrupación de los elementos parciales, las tonalidades son sencillamente admirables, y por encima de tantas bellezas, domina en el cuadro el sentimiento de religiosidad solemne que caracteriza á la grandiosa ceremonia reproducida.—T.



Procesión del Corpus en la iglesia de San Pedro de Roma, cuadro de P. Joris. (V Exposición Internacional de Arte. Barcelona, 1907.)



VISTA PARCIAL DE LA SALA JAPONESA. (De fotografías de A. Merletti.)

BARCELONA. V EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE. — VISTA DE LA SALA JAPONESA RECIENTEMENTE INAUGURADA

BARCELONA

V EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE LA SECCIÓN JAPONESA

Por causas que no hemos de señalar y que en modo alguno pueden achacarse ni al Ayuntamiento ni á la comisión organizadora de la actual exposición, el arte japonés no ha tenido en ésta la representación brillantísima que todo el mundo esperaba y que parecía enteramente asegurada.

Gracias, sin embargo, á las iniciativas del Sr. Oliver, se ha organizado en el Japón en muy poco tiempo la expedición de algunas obras con destino á nuestro certamen artístico, merced á lo cual ha podido instalarse una sala que ha sido inaugurada hace pocos días. El decorado de la misma es debido al notable artista señor Riquer, quien ha llenado su cometido con su maestría acostumbrada, pintando un friso elegante y lleno de carácter que armoniza perfectamente con el estilo de los objetos expuestos. Consisten éstos en muebles, tapices, bordados, lacas, porcelanas, bronce y algunas pinturas, formando un conjunto, si no numeroso, en extremo interesante y muy digno de admiración por su buen gusto y riqueza, y una muestra que nos permite formarnos cuando menos una idea aproximada de lo que habría sido esa sección si no hubiesen mediado las causas lamentables á que al principio aludimos.

grientos sucesos que se han desarrollado en Narbona, en Montpellier, en Perpignán y en otras poblaciones. En todas ellas el pueblo se ha entregado á manifestaciones tumultuosas; y cuando el gobierno ha recurrido á las tropas para sofocar los conatos de revolución, ha habido choques entre ellas y los amotinados y ha corrido la sangre, resultando por ambas partes

numerosas víctimas. En Narbona y en Montpellier sobre todo hubo varios muertos y heridos y en Perpignán comenzó á arder el edificio de la Prefectura, viniendo á agravar la situación la actitud de algunos regimientos que se negaron á marchar contra los revoltosos.

Al fin se ha dominado el conflicto. M. Ferroul, alcalde de Narbona, ha sido reducido á prisión, y Marcelino Albert, el promotor del grandioso movimiento de protesta, después de haberse avistado casi secretamente en París con M. Clemenceau, se ha constituido preso. La tranquilidad material ha quedado restablecida, no así la moral, pues la represión que ha ahogado en sangre la rebelión en la calle, no ha podido matar los sentimientos que la habían engendrado y que subsisten más vivos que nunca.

La fotografía que adjunta reproducimos representa el entierro de los que sucumbieron en Narbona.—S.



NARBONA. — ENTIERRO DE LAS VÍCTIMAS DE LOS MOTINES QUE ESTALLARON EN AQUELLA CIUDAD CON MOTIVO DE LA CRISIS VITÍCOLA DEL MEDIODÍA DE FRANCIA. (De fotografía de Photo-Nouvelles.)

BARCELONA. - LAS FIESTAS DE JUNIO

LA RONDALLA GALLEGA. - LA BANDA MILITAR FRANCESA  
LAS CARRERAS Á PIE

Nuestra capital ha albergado en estos días á dos entidades musicales igualmente famosas, cada una en su género: la rondalla ferrolana *Airiños d'a miña terra* y la banda francesa del 2.º regimiento de ingenieros, de guarnición en Montpellier. La primera nos ha visitado para rendir homenaje de admiración y respeto al inmortal Clavé, con motivo del cincuentenario de la fundación de «Euterpe», la primera sociedad coral de España; la segunda, autorizada por el ministro de la Guerra francés para aceptar la invitación de nuestro Ayuntamiento, ha venido para tomar parte en las fiestas que durante el presente mes se celebran en nuestra ciudad.

La rondalla llegó el día 23, siendo recibida por una comisión del Ayuntamiento, por multitud de sociedades corales catalanas y por una muchedumbre que los acogió con grandes demostraciones de cariño y de entusiasmo, y desde la estación se dirigió al monumento del popular músico y poeta, en donde depositó una artística corona. Los guitarristas y bandurristas ejecutaron un airoso paso doble; los coros entonaron el *¡Gloria á España!* de Clavé y pronunciaron sentidas frases el ilustre general de ingenieros de la Armada D. Avelino Comerma, presidente de la rondalla, y el Sr. Pinilla, en nombre del Ayuntamiento. Terminada la ceremonia, la comitiva dirigióse á la Casa de la Ciudad á saludar al Alcalde, cruzándose cariñosos discursos

entre éste y el Sr. Comerma, y tocando la banda de guitarras y bandurrias una preciosa mueira de Montes y un paso doble. No describiremos uno por uno los actos en que la rondalla ha tomado parte durante su estancia en Barcelona: en sus visitas á las autoridades y á los domicilios de la Asociación Euterpeense de los coros de Clavé y del Orfeó Catalá; en el concierto matinal celebrado en el Tívoli por la sociedad «Euter-

mostraciones han llegado á su grado máximo ha sido en los conciertos dados en el Palacio de Bellas Artes y en el Teatro Principal, en los cuales ejecutaron de una manera admirable piezas, cantos y danzas populares de Galicia, que llamaron poderosamente la atención y fueron aplaudidos con gran entusiasmo. En los festivales del Teatro Principal tomaron parte, en el primero el «Orfeó Barcelonés» y en el segundo el «Orfeó Catalá» y varias parejas de sardanistas de esta capital; al terminar este último, sardanistas y rondallistas se abrazaron prorrumpiendo en vivas á Galicia y á Cataluña, y el público, asociándose á esa manifestación de fraternidad, les tributó una ovación delirante.

La rondalla se compone de 17 guitarristas y bandurristas, 19 coristas y tres parejas de bailadores; su director artístico es el notable músico señor Seoane Pampin.

No menos agasajada ha sido la banda militar francesa que dirige M. Alicot y que llegó á Barcelona en la mañana del 24 del pasado. Esperábase en la estación una comisión del Ayuntamiento, el cónsul de Francia, un delegado de la comisión ejecutiva de la exposición, una comisión de oficiales, dos bandas de regimiento y la municipal y una nutrida representación de la colonia francesa. Después que los músicos españoles hubieron tocado la Marsellesa y los franceses la *Marcha Real*, cruzáronse cariñosas saluciones, y la comitiva, entre aplausos y vivas, dirigióse á la capitanía general, al gobierno civil, al ayuntamiento y al consulado de Francia.

La banda francesa, que se compone de unos setenta músicos y á la que acompaña otra muy numerosa de tambores y cornetas, ha dado varios conciertos en el Palacio de



BARCELONA. - LA RONDALLA GALLEGA «AIRIÑOS D'A MIÑA TERRA», QUE HA VENIDO Á COOPERAR AL CINCUENTENARIO DE LA FUNDACIÓN DE LA PRIMERA SOCIEDAD CORAL DE ESPAÑA POR CLAVÉ, COLOCA EN EL MONUMENTO DE ÉSTE UNA CORONA. (De fotografía de A. Merletti.)

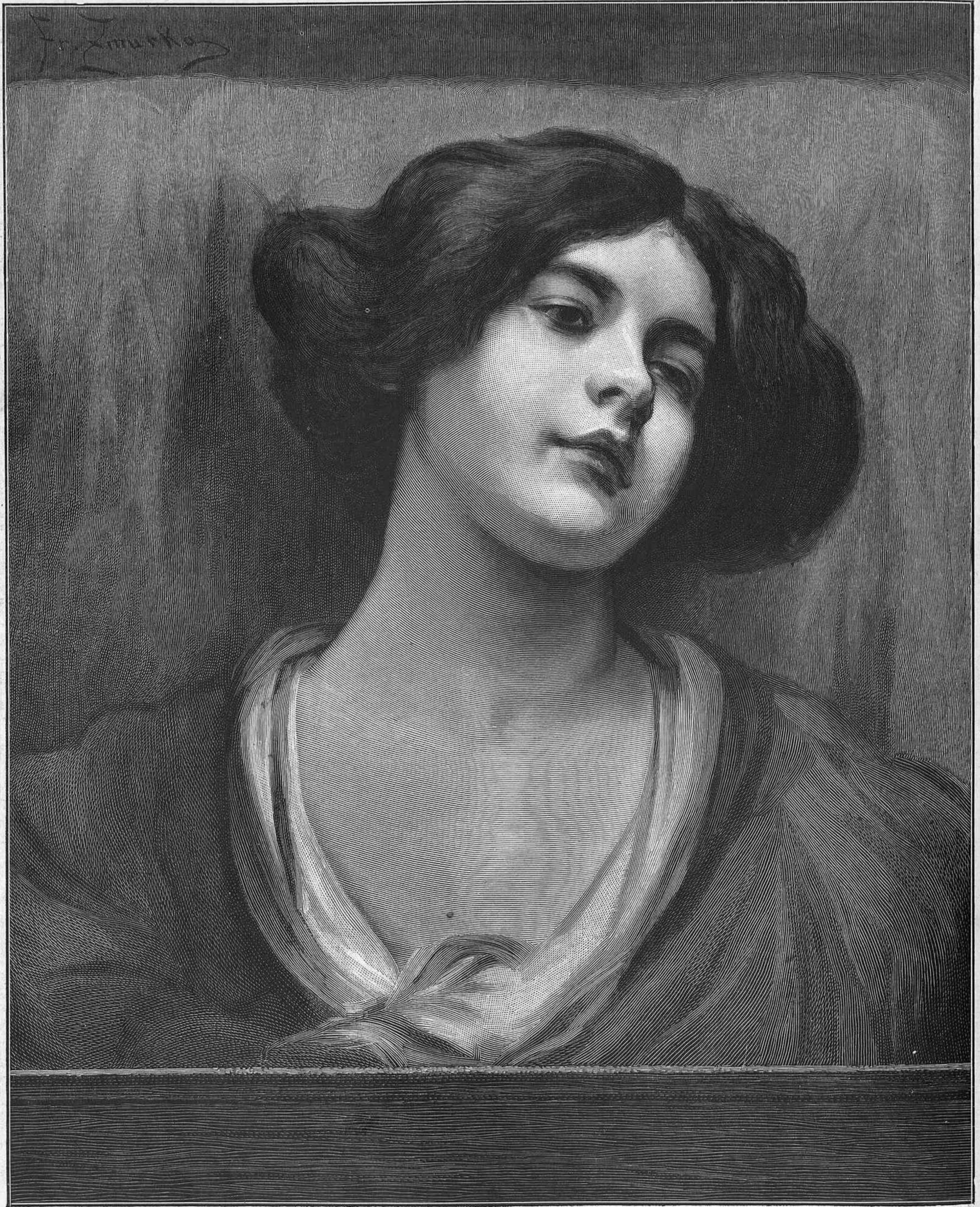
pe,» en todas partes ha sido objeto de las más evidentes demostraciones de cariño y de simpatía. Pero donde esas de-

mostraciones de cariño y de simpatía. Pero donde esas de-

tenta músicos y á la que acompaña otra muy numerosa de tambores y cornetas, ha dado varios conciertos en el Palacio de



BARCELONA. - LLEGADA DE LA BANDA FRANCESA DEL 2.º REGIMIENTO DE INGENIEROS DE GUARNICIÓN EN MONTPELLIER, QUE HA VENIDO Á TOMAR PARTE EN LAS ACTUALES FIESTAS. PASO DE LA BANDA POR EL PASEO DE COLÓN. (De fotografía de A. Merletti.)



UNA BELDAD, cuadro de F. Zmurko

Zmurko es uno de los pintores modernos que mejor sienten y reproducen la belleza femenina; mas no se limita á trasladar al lienzo las efigies de mujeres hermosas que la vida presente le ofrece, sino que su imaginación evoca las grandes beldades de la antigüedad, y con la misma maestría con que copia una belleza de hoy pinta las figuras de una Cleopatra, de una Esíher, de una Salambó y de tantas otras, ora aisladas, ora agrupándolas como elemento esencial de escenas históricas, como en los cuadros *Muerte de Agripina*, *Bodas de Mesalina* y *Canto de la tarde*.



RETRATO DE MUJER, pintado por Rembrandt, grabado expuesto en el actual Salón de París

Figura este cuadro en el Museo de Amberes, y tratándose de una obra de tan gran pintor, estarían fuera de lugar cuantas alabanzas pudiéramos dedicarle. Rembrandt fué un maestro en todos los géneros que cultivó, pero sobresalió en los retratos; en ellos supo como nadie reproducir en el lienzo, no ya los rasgos físicos, sino el alma, la vida de los personajes retratados. Sus obras de esta clase son un portentoso de expresión: los ojos miran, los labios sonríen, los pechos palpitan y dentro de los cuerpos se adivinan un corazón que siente, una inteligencia que piensa y una voluntad que manda.

Bellas Artes y en algunos sitios públicos de esta ciudad y en todos ellos ha demostrado ser justa la fama de que venía precedida; en efecto, en las piezas de distintos géneros que ha ejecutado ha puesto de manifiesto un ajuste, una sonoridad y una expresión irreprochables, que le han valido continuas ovaciones.

Para tomar parte en la carrera á pie que organizada por *El Mundo Deportivo*, se efectuó en la mañana del 23, se habían inscrito más de setenta corredores de esta ciudad, de Madrid, de París y de otros puntos, de los cuales sólo 61 se presentaron en el momento de la salida.

Dada la señal de partir, pronto se adelantaron á los demás tres franceses, que conservaron la delantera hasta el final, habiendo llegado á la meta por el orden siguiente: Bouchard, de París (32 minutos, 13 segundos y 1/5 de segundo); Orphé, de París (32 minutos, 15'1 segundos); Neveu, de París (32 minutos, 20'3 segundos); Trilla, de Arbeca (Lérida) (33 minutos); Baldomero Fonoll, de Barcelona (35 minutos); Gumersindo Fonoll (35 minutos, 33'2 segundos); José Tobar, de Madrid (35 minutos, 43 segundos); Ramón Peiró, de Barcelona (36 minutos, 8 segundos); Jerónimo López, de Madrid (36 minutos, 20 segundos) y José Quiriente, de Barcelona (37 minutos 30 segundos). Los premios concedidos fueron respectivamente de 600, 150, 125, 75, 50 y cinco de 25 pesetas.

El trayecto recorrido tenía una extensión total de nueve kilómetros y medio.

La carrera fué presenciada por numeroso público que seguía con gran interés las peripecias de la lucha. — S.

**LAS ARENAS DE BARCELONA**

Siguiendo la costumbre laudable de otros años, la nueva plaza de toros de esta ciudad, Arenas de Barcelona, se ha convertido en lugar de espectáculos más cultos que el mal llamado nacional. Esta vez, sin embargo, no ha sido transformada en teatro de ópera, sino en circo ecuestre, en el que funciona actualmente una notable compañía acrobática y gimnástica. La numerosa concurrencia que allí acude todas las noches y las tardes de los días festivos aplaude los distintos ejercicios que constituyen el programa y muy especialmente los trabajos atléticos de los hermanos Pandur's y los del domador Peters con sus diez y siete fieras.

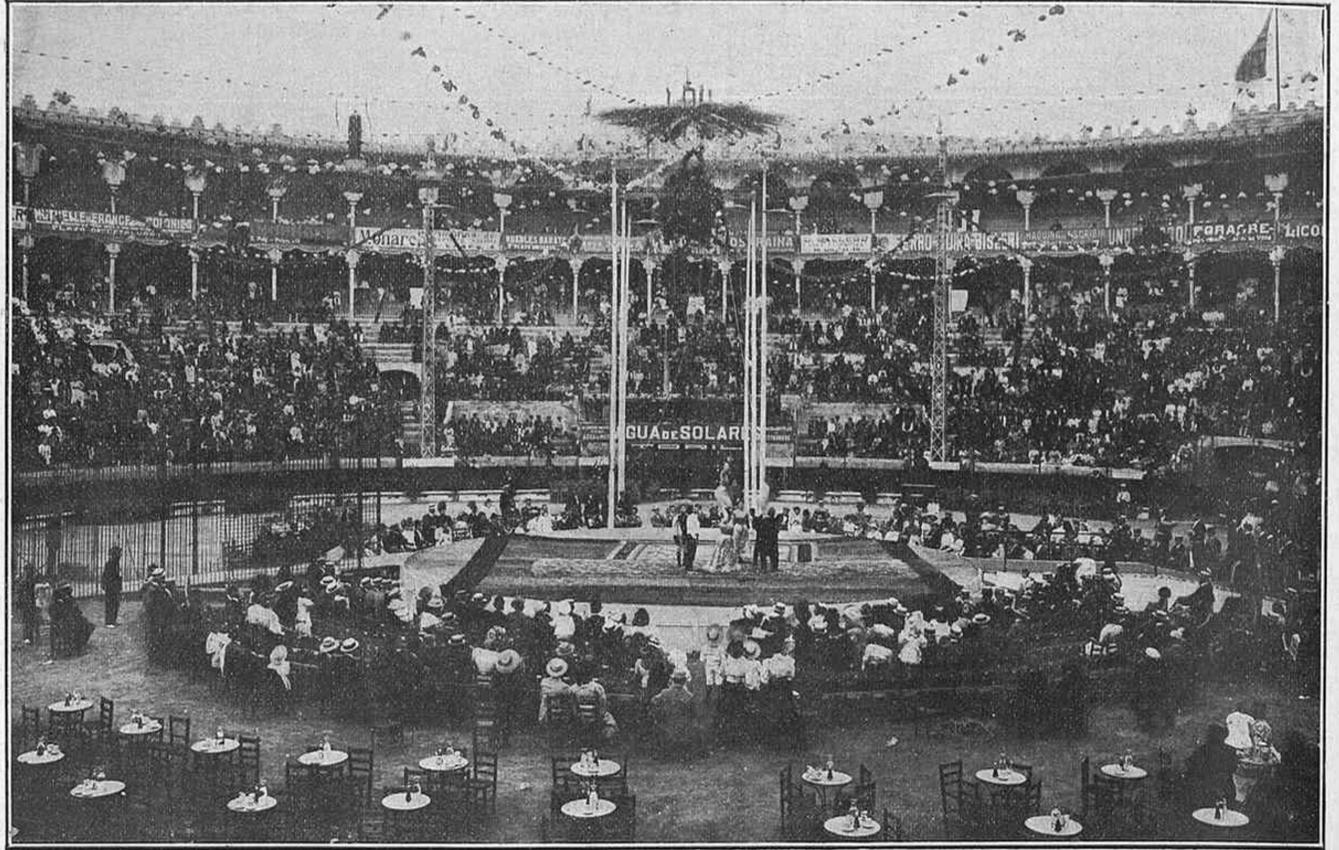
El local ha sido arreglado con mucho acierto, habiéndose construido en el centro del ruedo una pista de un metro de altura, alrededor del cual están colocados los asientos de preferencia y los palcos; encima de estas localidades se ha puesto una cubierta de brezo para templar los rayos del sol y resguardar del relente á los espectadores. De noche, el local está espléndidamente iluminado.

Lo entretenido del espectáculo y la buena temperatura que en él se disfruta hacen de este sitio lugar muy á propósito para pasar agradablemente las noches veraniegas.

ve cuadros de Albán de Polhes; en el teatro Rejane *Raffles*, comedia en cuatro actos de Hornung y Presbey; y en *L'Oeuvre Zenaide ou Les caprices du destin*, vaudeville en un acto de Hugo Delorme y Francisco Gally; *Une aventure de Frede-*

Pedro Serra, ejecutó una hermosa composición del maestro Sr. Borrás de Palau.

Todas las piezas fueron perfectamente interpretadas y aplaudidas con entusiasmo.



BARCELONA. — LA PLAZA DE TOROS NUEVA, «ARENAS DE BARCELONA,» CONVERTIDA EN CIRCO ECUESTRE (De fotografía de A. Merletti.)

*ric Lemaitre*, comedia en dos actos de Sergio Basset, y *Placide*, comedia en un acto de Severino Mars y Jorge Dolley.

BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en Nove-dades *El ladrón*, comedia en tres actos de Bernstein, traducida al castellano; en el Eldorado *La madre*, traducción castellana de G. Martínez Sierra del drama en cuatro actos de Santiago Rusiñol; y en el teatro del Bosque *Mateo Falcone*, ópera en un acto de Enrique Zöllner.

La Asociación Musical de Barcelona ha dado en su domicilio social dos interesantes conciertos, en los cuales se han ejecutado con gran perfección el *Cuarteto* número 2 de Borodine, la *Sonata en fa* de R. Strauss, el *Quinteto en mi bemol* de Schumann, el *Cuarteto en re mayor* de Glazzonnon y el *Quin-*

**Necrología.**—Ha fallecido: Bernardo Plockhorst, pintor alemán de historia, de retratos y de asuntos religiosos.

Carlos Bauer, astrónomo húngaro, fundador del observatorio de Kalocsa, inventor de varios instrumentos meteorológicos.

Clodoveo Hugues, poeta, periodista y político francés.

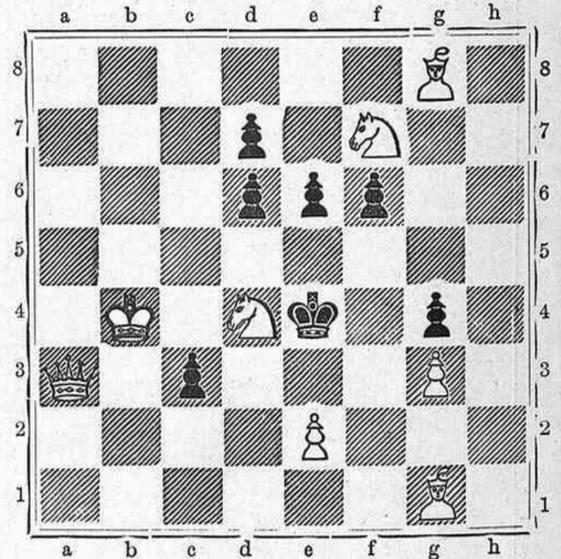
Alfredo Newton, profesor de Zoología y de Anatomía comparada de la Universidad de Cambridge.

Carlos Wilder, pintor austriaco, presidente de la Asociación de Artistas de Viena.

**AJEDREZ**

PROBLEMA NÚMERO 467, POR V. MARÍN

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 466, POR V. MARÍN

- |            |                |
|------------|----------------|
| Blancas.   | Negras.        |
| 1. D e2-g4 | 1. 5 × g4      |
| 2. f4-f5   | 2. Cualquiera. |
| 3. C mate. |                |

**VARIANTES.**

- 1..... Rd5 × e6; 2. Dg4-g8 jaq., etc.  
Otra jug.ª; 2. Dg4 × f5 jaq., etc.



BARCELONA. — FIESTAS DE JUNIO. — CARRERAS Á PIE ORGANIZADAS POR «EL MUNDO DEPORTIVO.» LOS CARRERISTAS EN EL SALÓN DE SAN JUAN: LOS TRES QUE SE VEN EN PRIMER TÉRMINO SON LOS QUE GANARON LOS TRES PRIMEROS PREMIOS. (De fotografía de A. Merletti.)

**MISCELÁNEA**

**Espectáculos.** — PARÍS. — Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Monsieur Prevan*, comedia en tres actos y en verso de Gumpel y Delagnys, y *Le maître à aimer*, comedia en un acto de Pedro Veber y Hugo Delorme; en la Opera Cómica *Fortunio*, comedia musical en cinco actos, basada en *Le chandelier*, de Alfredo de Musset, letra de G. A. de Caillaud y Roberto de Flers, música de Andrés Messenger; en la Comedia Francesa *La rivale*, comedia en cuatro actos de Enrique Kistmaeckers y Eugenio Delard; en el Ambigu Comique *L'enfant du Temple*, comedia de gran espectáculo en nue-

*telo en fa menor* de César Frank. La interpretación de estas piezas ha corrido á cargo de los Sres. Perelló (violín), Margalet (violín), Ribas (viola), Rabentós (violoncelo) y Sabater (piano), que han alcanzado muchos y muy merecidos aplausos.

El Orfeó Barcelonés ha inaugurado su nuevo domicilio con un notable concierto, en el que las señoritas Beltrán y Serra cantaron canciones de Godard y Borrás de Palau; el niño Francisco Figueras interpretó en el piano piezas de Mozart, Chopin y Schumann; el Sr. Navarro cantó dos melodías de Morera y un fragmento del Salmo CL de César Frank, y la masa coral del orfeón, bajo la inteligente dirección de don

**MÉLI-MÉLO NOUVEAU PARFUM**  
créé par VIOLET, 29, Bd ITALIENS, Paris.

# EL MARIDO DE AURETTE

SEGUNDA PARTE DE «AURETTE»

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.—ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)



En aquel instante una bicicleta que corría á toda velocidad salió de una alameda

La mirada del doctor, después de haber vagado por las lejanías, recorrió el jardín cercano y se posó en un gran plátano que en otro tiempo había sido el abrigo predilecto de los niños Leniel. Entonces vióse asaltada su memoria por una multitud de recuerdos, parecidos á esas efímeras nubes que vemos revolotear en torno de nuestras cabezas en las tardes de verano. ¡Cuán alegre había sido aquella casa, llena de niños que luego fueron jóvenes y después hombres! Enriscada más adelante por muertes sucesivas, había visto desaparecer sus alegrías con sus habitantes. La hija menor, Julia, casada con el sobrino del doctor Rozel, iba allí á menudo con sus dos hijos; pero Carlos, cuyo matrimonio había destruído la paz del hogar, había fallecido pocas semanas después que su padre, dejando á su hijo Juan en completa orfandad y confiado á Aurette, que era ya señora única del Nido y señora de sí misma antes de haber cumplido los treinta años. ¡Cuán solitario debía parecerle el Nido á ciertas horas! Aquella mansión era tan vasta y tan vacía como su propia existencia.

El doctor descansó su mirada en el rostro amable de su joven amiga. Villandré había dicho la pura verdad: la señorita Leniel parecía tener, á lo sumo, veinticinco años; su boca, de labios carnosos que expresaban bondad, no tenía un solo pliegue, su frente era tersa y sus ojos color de avellana, brillantes y puros, resplandecían de juventud. La desgracia había pasado por encima de Aurette como la lluvia de tempestad por encima de ciertas flores graciosas, pero robustas, sin marchitarla.

—¿Por qué me mira usted de ese modo?, preguntó la joven sentándose al lado del antiguo amigo de su padre.

—Porque me gusta mirarte; llevas un traje muy bonito y estoy muy contento de verte sin esas ropas negras que ensombrecían tu existencia y te manchaban las manos.

Aurette se sonrió y á la vez lanzó un suspiro: los vestidos oscuros habían desaparecido, pero en el fondo de su alma aún quedaba luto. Su consejero ordinario saboreó una última gota de café, dejó la taza en la mesita puesta al alcance de su mano, y arrellanándose cómodamente en la butaca, porque aquel andarín se tornaba sibarita cuando estaba sentado, dirigió á la señorita Leniel una pregunta que había tenido en la punta de la lengua cien veces du-

rante los dos ó tres años en que se había impuesto silencio sobre ese particular.

—¿Y resueltamente persistes en no querer casarte? Un rubor fugaz tiñó la frente y el cuello de Aurette, pero no tardó en desaparecer, dejando en las mejillas el color sonrosado de la salud.

—Resueltamente, respondió. ¡Y usted que me había prometido no hablarme más de ello!

—Mi promesa ha prescrito, pues se remontaba á la noche de los tiempos. Y vamos á ver, ¿por qué no quieres casarte?

—Ya lo sabe usted, respondió volviendo la cabeza con ademán más bien de disgusto que de turbación.

—¿Pero todavía?

—No quiero sufrir.

—Eso es cobardía, Aurette.

—Sufrir inútilmente, quiero decir, ya que estoy dispuesta á soportarlo todo con tal que ello redunde en provecho de alguien.

El doctor se miró las uñas, que estaban bruniadas, las manos, que eran blancas, la manga de su levita de irreprochable brillo, y sacudiéndose con los dedos un átomo de polvo imaginario, dijo tranquilamente:

—¿De modo que por la falta cometida por un imbécil guardas rencor á todo el mundo?

—¿Yo? ¡Si no guardo rencor á nadie! Habla usted como si no me conociera, doctor.

Su voz había temblado ligeramente.

—Si pudiera hacerla montar un poco en cólera, pensó el Sr. Rozel, tal vez sabría al fin lo que tiene en el fondo del alma; desde hace dos años no he podido sacarle una palabra.

Y luego, contestando en voz aita á las últimas palabras de Aurette, dijo:

—Creía conocerte en otro tiempo; pero después te has vuelto tan misteriosa...

—¡Oh, misteriosa no!, exclamó la joven moviendo desdeñosamente la cabeza y con cierta amargura.

—Entonces, reservada.

—Esto tal vez sí; pero no para usted, doctor.

Aurette, cuya voz se había suavizado, puso la mano sobre el brazo de su amigo, como antiguamente hacía con su padre.

—En este caso, contéstame, dijo el Sr. Rozel. ¿Por qué has rechazado á Luis Mairét?

—Porque es un egoísta.

—¿Y á Renato Dombrez?

—Por mal educado.

—Y al joven..., ayúdame á recordar su nombre...

—¿Roberto Masón, llamado Roberto el Diablo? ¡Un muchacho recién salido del colegio! Tenía diez años menos que yo y usted no habría consentido tal crimen.

—¿Y al prefecto de Creuse-y-Loire?

—¡Tenía cincuenta y cuatro años!

—Evidentemente has rechazado á hombres de todas clases, dijo el doctor desalentado, y es por consiguiente inútil que yo continúe. Vamos á ver, Aurette, hablemos con formalidad; ¿no quieres casarte?

—¿Tiene usted acaso un nuevo pretendiente que ofrecerme?

—No, por hoy no, respondió el Sr. Rozel tras un breve examen de conciencia.

—Siendo así, ¿por qué me atormenta usted?

—Porque te quiero, respondió el doctor con una viveza que hizo relampaguear por un momento sus ojos profundos y perspicaces. El destino de la mujer es casarse, Aurette.

La señorita Leniel volvió la cabeza y miró hacia fuera. El sol brillaba en el valle sobre las ondas del agua, sobre los tiernos botones de los árboles y sobre los pedazos de vidrio por tierra esparcidos, con una intensidad que sembraba el paisaje de diamantes.

—Julia se casó, dijo Aurette lentamente.

—Julia es mi sobrina, pero tú eres casi mi hija, repuso el doctor en voz baja, desde que tu padre al morir te confió á mí... Soy viejo, hija mía; puedo morir el mejor día, y entonces, ¿á quién te dejó?

—¡A mi sobrino Juan!, respondió la señorita Leniel disimulando su emoción bajo una sonrisa. ¿Cree usted que no es un buen guardián?

—Demasiado bueno, porque te monopoliza hasta la ferocidad. Pero ahora está en el liceo y dentro de algunos años sólo tendrá libres los domingos para poner mala cara á los que te miren.

—Todas las noches viene, dijo alegremente Aurette.

—Sí, pero esos excelentes profesores, hombres dignos si los hay, le dan lecciones que tiene que estudiar, y luego se cae de sueño y se acuesta.

—Siempre tendrá las vacaciones, replicó la joven esperando poder desviar la conversación.

Pero el Sr. Rozel tenía su plan y se mantuvo firme.

—¡Vamos, Aurette, seamos formales por amor de Dios! Ya comprenderás que no me divierte ni pizca el mortificarte, y sé demasiado que te mortifico. ¿Por qué no quieres casarte?

Aurette irguió la cabeza con un hermoso gesto de rebeldía, y dijo con ardor un tanto febril:

—Porque después de los años que he dedicado á curar mi herida, ahora tengo derecho á la paz. Sé lo que usted me ha dicho cien veces, que nadie está obligado á contraer un matrimonio de amor; pero yo digo á mi vez que no puedo contraer lo que se llama un matrimonio de razón ó de conveniencia.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque..., porque he probado ese vino que embriaga, que enloquece. El caso no está previsto, ¿verdad? Cuando Raúl Bertholón solicitó la mano de la señorita Aurette Leniel, hará pronto de esto diez años, ¡sí, diez años, doctor!, no le pidió al mismo tiempo que le amara. Era bonita, bien puedo decirlo después de tanto tiempo...

—Y continúa siéndolo, repuso el Sr. Rozel interrumpiéndola; no has variado.

—¡Qué importa!, siguió diciendo Aurette con un gesto desdenoso. Era rica, bien educada, de buena familia; era, en una palabra, un partido excelente; pero el Sr. Bertholón no necesitaba ser amado; esto no entraba en sus cálculos... ¡Ah, si me hubiese casado con él, mi amor habría sido para él una molestia! Afortunadamente no llegué á ser su esposa. Desde entonces, ¡cuántas veces he bendecido á mi pobre hermano por haber sido inconscientemente causa de aquella ruptura!

—Aurette, Bertholón murió miserablemente aplastado, como en un laminador, entre su mujer y su madre. ¡Bien puedes perdonarlo!

—Hacia tiempo que le había perdonado, aun antes de saber que estaba reducido á la esclavitud, como le vi una vez...

Ante los ojos de su pensamiento reapareció la figura deplorable, humillada, del que había sido su novio, tal como se le había presentado un día de invierno, entre la niebla cada vez más espesa, después que un matrimonio mercenario había hecho de él un ser infeliz y extraviado.

—No es á él á quien guardo rencor, añadió Aurette, sino á mí misma, fíjese usted bien, doctor. Nadie me pedía que le amara hasta ese extremo; fui yo quien me levanté de cascos y creí necesario entregar toda mi alma á quien nada tenía que hacer de ella. Amé mi quimera... ¡Ah, doctor, cuán malo es amar una quimera! La vida se ha vengado; la culpa es mía por haberle pedido más de lo que ella puede dar.

—Hay matrimonios de amor; mira, si no, á tu hermana.

—Mi hermana ha sido afortunada en su elección..., yo no lo fui.

—Ahora tienes más experiencia y sabrías juzgar mejor á un hombre.

—Doctor, cuando se ama no se juzga..., se ama.

—No siempre. Yo amé mucho á mi esposa y sin embargo la conocía bien y apreciaba sus cualidades y sus defectos; nunca me consolaré de haberla perdido.

—Ya he dicho á usted que soy una quimérica; si amase, no juzgaría.

—Las personas cambian...

—¿Y si yo no hubiese cambiado? Tengo miedo, mire usted, verdadero miedo de volver á empezar á sufrir. Ni mi padre ni usted mismo han sabido nunca lo que yo he padecido; sólo Julia lo ha adivinado, pero como se adivinan las cosas á los diez y siete años..., es decir, que no ha sospechado ni la centésima parte de lo que yo he sentido. El Sr. Bertholón no tenía nada de particular, después lo he visto; pero me gustaba por ciertos dones naturales de hombría de bien, de afabilidad, y en fin, ¿acaso sabe uno por qué ama? Yo le amé, ó mejor dicho, amé en él el amor. ¡Ah, doctor, era tan hermoso amarle! ¡Veía la vida tan dulce á su lado! ¿Sabe usted cómo la veía? ¡Como un sacrificio perpetuo de mis gustos, de mis preferencias! Habríame complacido saber que él no amaba algo que yo amase, para arrancar ese algo de mí misma á fin de agradarle. Esto era amar hasta la locura, pero ¿no se dice acaso amar con locura? ¿Qué sucedió? Que el Sr. Bertholón, pretextando que mi hermano había contraído un matrimonio que sólo á medias satisfacía las conveniencias sociales, me repudió..., en realidad, que su madre le había encontrado una novia más rica que yo. ¿Y cree usted que no era este motivo bastante para destruir toda una existencia?

—No, no lo veo así. Bertholón era tan digno de lástima como de censura, convengo en ello; pero la misma indignidad del personaje debía curarte de tu amor.

—¡Más aún que esto! ¡Me ha curado del amor! No

es que yo maldiga á ese querido y delicioso viajero que nos visita y vuelve á partir; al contrario, á pesar de mi pena, siempre he dado gracias á Dios por habérmelo enviado; pero tengo miedo de él, sí, miedo. ¿Cree usted, doctor, que Semelé, después de haber sido herida por el rayo, habría deseado que se le apareciera Júpiter entre el fragor del trueno?

—¡Qué diantre! Hay mujeres á quienes gusta eso; pero tú no eres de esta especie. ¿No temes, Aurette, que Júpiter, indignado por tus desdenes, te visite de nuevo sin que tú se lo pidas?

—Me preservó y me preserva Juan.

—Tu Juanito es un guardián excelente, pero ¿no te parece que sería bueno hacer que no siguiera llamándose mamá Aurette? Es demasiado grande, y siendo tú soltera, la cosa no resulta muy regular que digamos á los ojos de las personas que no te conocen.

—¿Qué me importa?, repuso la señorita Leniel ruborizándose.

Pero luego, mudando de parecer, añadió:

—Creo, sin embargo, que tiene usted razón; pero ello va á causar profunda pena á Juan. Es un alma tierna, y la doble pérdida de su padre y de su abuelo le ha hecho sufrir ya mucho...

—Nada perderá con darse cuenta de que no eres su verdadera madre, y te aseguro, Aurette, que es necesario. ¿Quieres que yo me encargue de decírselo?

—¡Oh, no!, exclamó Aurette con viveza.

Mas comprendiendo en seguida lo que en esta respuesta podía haber de mortificante para su amigo, añadió:

—Se lo diré una tarde charlando; ya sabe usted que charlamos mucho los dos.

—Charláis demasiado. Harás de tu Juan una segunda Aurette; sería menester un hombre para educar á ese niño... Y aquí tienes un argumento en favor de tu matrimonio.

—¿Y si ese caballero desconocido le educaba mal? Ya ve usted cómo su argumento se vuelve contra usted mismo.

—Me has derrotado y me voy; pero volveré á la carga, tenlo entendido.

—Cuando usted quiera, dijo la joven sonriendo afablemente.

El doctor le cogió bruscamente la cabeza con las dos manos y la besó. Testigo, si no confidente, de la gran lucha secreta en que estuvo en otro tiempo á punto de sucumbir lo mejor del alma de Aurette, y en la cual sólo la salvaron la caridad ardiente y el ferviente amor de la familia, conocía mejor que nadie cuáles virtudes de heroísmo y de abnegación había tenido la joven que llamar en su auxilio.

—¡Cuánto diera por verte dichosa!, dijo el señor Rozel.

—Lo soy. Tengo á mi Juan, mis flores, mis pobres... ¿Quiere usted que sea franca? Pues bien: nunca me siento tan feliz como cuando camino en medio de dificultades prodigiosas..., en provecho ajeno, por supuesto. Cuando veo á mis amigos apurados, cuando mis pobres sufren graves enfermedades, cuando se pierden las cosechas, es decir, cuando hay que hacer frente á todo, que consolar á los unos, dar pan á los otros, coser vestidos para los pequeños y velar junto á las personas mayores, entonces nado en la alegría y me parece que á mi alma le crecen alas. ¡Ya puede, en esas ocasiones, llover, hacer viento ó nevar! ¡Qué importa! Yo corro y me siento ligera.

—¡Ah, hija mía! Por más que digas, has nacido para el matrimonio, dijo espontáneamente el doctor.

Soltaron ambos la carcajada y se separaron afectuosamente. El Sr. Rozel, después que se hubo sentado en la pequeña victoria baja que Aurette utilizaba para sus paseos, todavía se volvió para contemplarla una vez más. La señorita Leniel, apoyada en la balastrada, inclinaba hacia adelante su esbelta y graciosa figura, y en su sonrisa y en sus ojos había una caricia que parecía acompañar al doctor hasta fuera del Nido.

—¡Qué lástima!, exclamó el doctor. ¡Qué lástima!

## II

Aurette escuchó cómo el ruido del coche sobre la arena de la alameda iba disminuyendo y acababa por extinguirse. ¡Cuántas veces había recogido de esta suerte el último sonido que acompañaba la partida de algún amado ausente! Por tranquilo que fuese el estado de su espíritu, siempre experimentaba un poco de melancolía; por esto, después de haber titubeado un instante entre el interior de la casa adonde la llamaban sus deberes de ama, y el parque que la atraía con todo el esplendor de sus retoños, decidió bajar al jardín.

Su cutis, de invencible frescura, no temía el sol ni el viento; con la cabeza descubierta recorrió las ala-

medas en donde los jóvenes olmos, delgados todavía y desprovistos de follaje, proyectaban una randa de encaje de exquisita delicadeza sobre la arena lavada por las lluvias. Pensaba en las cosas pasadas; las palabras del doctor habían removido en ella penas adormecidas, no tanto pesares quizás como sensaciones dolorosas del alma en el sitio en otro tiempo herido y que, al recibir un golpe, podía aún sufrir. Impulsada por un instinto secreto, llegó hasta una terraza muy apartada del edificio y desde la cual la vista se extendía sin obstáculo por las colinas del Loire, y se detuvo en el borde de la misma con la mirada perdida en el espacio. Era allí en donde una noche de verano, abrumada por el dolor de su amor burlado, había empeñado la gran batalla de su vida; durante una hora, habíase creído capaz de una vengadora cólera y había entreabierto la puerta de los malos pensamientos..., pero al fin habían triunfado la bondad y el perdón, que constituían la esencia misma de su naturaleza. Había comprendido que el peso de una palabra cruel, aun siendo justa, gravitaba eternamente sobre su alma, y había preferido el dolor causado por otro al remordimiento nacido de ella misma. Aquel día Aurette, sin saberlo, había entrado á figurar entre los valientes y los fuertes.

¡Pero cuánto había llorado! Después de los años transcurridos, el recuerdo de aquella tempestad de lágrimas todavía humedeció sus párpados.

—¡Es posible que haya sufrido tanto y que viva!, se dijo examinándose á sí misma por vez primera desde aquella época tormentosa. Sin embargo, he sufrido después por cosas bien distintas.

Ahondando en lo más profundo de su ser, hubo de confesarse que ni la muerte de su hermano, ni la de su padre, ésta sobre todo, que la había privado de su mejor y más grande alegría, habían impreso en ella una marca abrasante, indeleble, como su amor perdido.

—¿Es posible, pensó un tanto avergonzada, que por una cosa personal, egoísta, me haya dejado conturbar hasta tal extremo?

Entonces comprendió que, después de todo, no era una cosa tan egoísta: la pérdida del ideal es un sufrimiento humano común á todos ó casi á todos..., ¿y acaso no se había consolado Aurette pensando que otros habían sufrido como ella?

—Mi alma está en paz, se dijo; he llevado mi carga, he hecho mi jornada y ahora tengo derecho al reposo; lo he comprado, es mío, y Dios mediante, lo conservaré.

Abarcó de una ojeada el paisaje; allí había deseado morir, rebelándose contra el deber que la encadenaba á la vida; allí había visto surgir las estrellas, sus amigas, sus confidentes, sus consoladoras, y ¡cómo había sentido desgarrarse el corazón! Pero entonces, hacía de ello muchos años, era de noche; ahora en cambio era de día, un día hermoso de primavera. Regresó lentamente al Nido; los senderos olían á violeta; los jacintos lucían sus flores azules á la sombra de los sotos, y las primaveras doraban los bordes de los taludes. De pronto cantó una voz alegre en los árboles: era un pinzón que gorjeaba hasta no poder más, excitado por la primaveral embriaguez. Aurette sonrió al sol, al pinzón, á la vida; sus padecimientos pasados habíanle dado nuevas fuerzas y ahora se sentía en la plenitud de su juventud; rica, estimada, querida por todos aquellos á quienes iluminaba con su gracia y su belleza.

—Después de todo, es bueno el vivir, pensó mientras cruzaba la terraza, llena en todo tiempo de flores espléndidas y perfumadas. ¡Sólo por ver todos los días esas maravillas pueden soportarse muchas molestias!

—¡Mamá Aurette!, gritó Juan, cuyos ágiles pies hacían volar la arena. ¿Dónde te ocultas?

—¿Ya estás aquí, hijo mío?, exclamó Aurette corriendo hacia él. ¿Es, pues, muy tarde?

—¡Ya lo creo! Buenas tardes, mamá Aurette. ¿No te pasa nada?

La joven se había inclinado para besar al niño, el cual cogió con sus manos aquel rostro bondadoso en el que se había concentrado para él toda la alegría de la vida.

—¿Qué quieres que me pase, Juan?, preguntó la señorita Leniel asombrada.

—¿De veras? ¿No te sucede nada malo?

—Nada, hijo mío; pero ¿á que vienen esas preguntas?

El niño, como pesaroso, soltó aquella cara querida después de haberla escudriñado con ojos extrañamente perspicaces para su edad.

—Cuando salíamos del liceo, uno de los mayores decía que el Sr. Villandrú, el profesor de física, te había atropellado con su bicicleta. ¡Si supieras el miedo que he pasado! Al subir á la victoria, he preguntado á Brochet y me ha dicho que no tenías nada

y que no sabía que te hubiese ocurrido nada de particular, á pesar de lo cual el miedo no me ha abandonado. ¿De modo que no es verdad?

—No, Juan mío, nadie me ha atropellado con una bicicleta, respondió Aurette, no sin cierta contrariedad al pensar que había sido objeto de conversación de los alumnos mayores.

—Está bien, repuso el muchacho; mañana les diré que son un hato de embusteros.

—Oye, Juan, mejor será que no digas nada, dijo Aurette después de un segundo de reflexión. Esta mañana, mientras hablaba con el doctor Rozel en el centro de la plaza de Andrés Leroy, llegó el Sr. Villandré con su bicicleta y habría podido atropellarme si él y yo hubiésemos estado distraídos. Esto es todo lo que ha pasado y me complacerá no hablando á nadie de ello.

—¿Y si dicen que te ha atropellado?

—Les dejarás que digan sí, como vuelvo á decirte, quieres darme gusto.

Juan quedóse perplejo; su pequeño cerebro de niño escrupulosamente honrado no comprendía sino imperfectamente la necesidad de los compromisos de la prudencia.

—Mamá Aurette, esto me desagrada, dijo con aire de gravedad; no puedo ver los embusteros.

—Puede uno equivocarse sin incurrir por esto en mentira. Ya ves que en el fondo hay algo de verdad en lo que se dice.

Esta última frase tranquilizó algo al pequeño.

—Mira, mamá Aurette, todo esto se debe á que en el liceo hay quienes detestan al Sr. Villandré; le tienen envidia y yo sé por qué se la tienen.

Diciendo esto levantó la cabeza con tal aire de suficiencia, que Aurette hubo de reprimir una sonrisa.

—Pues sí, le envidian porque monta demasiado bien en bicicleta. Es el mejor ciclista de Angers y no es de Angers, y esto les da rabia. Yo, en cambio, quiero mucho al Sr. Villandré aunque no sea todavía mi profesor.

—¿De modo que le conoces?, preguntó Aurette regocijada.

—Ya lo creo que le conozco! Me habló un día que el doctor Rozel estuvo en el liceo. Y tú conoces mucho á su hermana.

—¿Yo?, exclamó Aurette sorprendida de que su sobrino de siete años y medio estuviese tan enterado de sus relaciones sociales.

—Sí, tía; la has visto en casa de tía Julia. Es la señorita Brelet.

—¿La señorita Brelet? En efecto, la conozco..., es encantadora. Pero ¿cómo se llama Brelet?

—Por su padre, respondió Juan gravemente. Su mamá se casó dos veces.

Al oír esto, Aurette no pudo contener la risa que hacía un rato la dominaba.

—¿Conque lo sabes todo? Paréceme que en el liceo aprendes algo más que la gramática.

—¡Oh, está tranquila! Se cuentan allí muchas cosas.

Juan, que había recobrado la alegría propia de su edad, se puso á brincar en torno de Aurette, en compañía del viejo Bruno, que aunque se había emperezado sentíase siempre joven en presencia del chiquillo. La joven se regocijó viéndoles revolcarse juntos por la arena, con gran detrimento del traje del niño, pero con un entusiasmo enteramente juvenil.

—¡A veces me olvido de que aún no tiene ocho años!, pensó. Es tan razonable y listo... ¡Pobre pequeño, soy demasiado vieja para ser la compañera que le convendría!

En las tres horas siguientes al anterior diálogo, Juan no dió muestra alguna de perspicacia extraordinaria y charló por los codos con ese abandono y esa seguridad que demuestran la rectitud de alma y la certeza de ser amado. Después, poco antes de la hora de acostarse, se acurrucó entre las rodillas de Aurette, casi envuelto en la falda de su vestido y permaneció callado. Transcurrido un buen rato, alzó la cabeza y dijo:

—Oye, ¿le quieres tú al Sr. Villandré?

Aurette, que leía una revista, suspendió su lectura.

—No le conozco, hijo mío, no puedo, pues, contestarte.

—Pero ¿te gusta? ¿Así, de primera impresión?

—Creo que me gustaría bastante, pero no lo sé.

—Pues yo lo quiero mucho, ¿es el rey de la bicicleta! ¿Y cuándo me regalarás una bicicleta?

—Cuando esté usted seguro, mi señor don Juan,

de que no la utilizará usted para atropellar á las señoras, le respondió Aurette riendo. Y ahora, vámonos á la cama.

El niño, cogido de la mano de su tía, subió dócilmente la escalera. Mientras iba y venía desnudándose por su cuarto, contiguo al de Aurette, ésta le mi-

ta Leniel... Mamá..., también mamá murió... ¿De modo que soy huérfano?

Esta palabra sonó de una manera tan extraña en la boca del niño, que su tía, á pesar de sus esfuerzos, no pudo contener las lágrimas. Como Aurette estaba de espaldas á la vela, Juan acaso no vió esas lágrimas, pero sus manos habíanse quedado heladas entre las de aquélla.

—Sí, Juan mío, eres huérfano de padre y madre; mas no estás solo ni abandonado; tu tía Julia y tu tío Deblay te quieren con toda su alma y yo...

—Tú eres mamá Aurette, repuso el niño echándole los brazos al cuello con apasionada ternura.

Pero al cabo de un instante añadió:

—¿De modo que no eres mi mamá, sino mi tía..., como tía Julia?

—Sí, monín, tu tía precisamente.

—¡Ah! Tú para mi eres más que todo..., mucho más que tía Julia y que tío Armando y que el doctor Rozel y que todo... todo...

Aurette le besó con infinita dulzura. También era para ella más que todo desde que no tenía á su padre.

—¿No te causa pena esto, Juan?

—¿Pena?... ¿Y por qué?, respondió filosóficamente el muchacho. Esto en nada altera las cosas. En realidad era tonto llamarte mamá, pero no se me había ocurrido.

—No, Juan, era muy agradable, pero vas creciendo...

—Pierde cuidado, en adelante no te llamaré así. ¡Debo haber parecido muy simplón! ¡Tú, que ni siquiera estás casada!.. Buenas noches, tía Aurette, mi querida tía Aurette.

Ésta se despidió de él y entró en su cuarto. Sin saber por qué, tenía ganas de llorar; parecíale que en su existencia acababa de romperse algo muy precioso. Su reflexión no lograba persuadirla de que nada había cambiado, pues su corazón no quería dejarse engañar: algo había cambiado, sí; algo, que jamás volvería á encontrar, se había roto en ella... «Tú, que ni siquiera estás casada,» había dicho su sobrino de siete años. ¿En dónde había aprendido esas nuevas nociones de la existencia? ¿En el Nido no, positivamente!

De esta suerte la vida pública arrebataría poco á poco á ese niño la frescura y la ingenuidad de sus impresiones sin que á ella le fuera dado evitarlo, sin que pudiera siquiera saberlo. Sólo en el curso de sus conversaciones averiguaría fragmentariamente lo que el contacto de los demás quitaría ó daría á esa criatura bienamada. Un hombre sabría qué era lo que había de decir, qué era lo que había de hacer y encontraría medio de rectificar ideas falsas y de inculcar ideas justas; pero ella, una mujer..., una solterona...

—El doctor tiene razón, pensó con infinito desaliento, para dirigir esa educación sería menester un hombre.

Y Aurette lloró por sus queridos muertos con una amargura nueva que jamás había sospechado.

III

Algunos días después, hallándose en casa de Julia, Aurette se fijó, entre otras visitantes casi todas elegantes y jóvenes, en una señorita sencillamente vestida con un traje azul obscuro que permanecía modestamente sentada algo fuera del círculo, aunque sin la menor afectación.

—¡Pues si es la señorita Brelet!, pensó. ¡Qué extraño! Nunca imaginé que fuese la hermana de aquel joven...

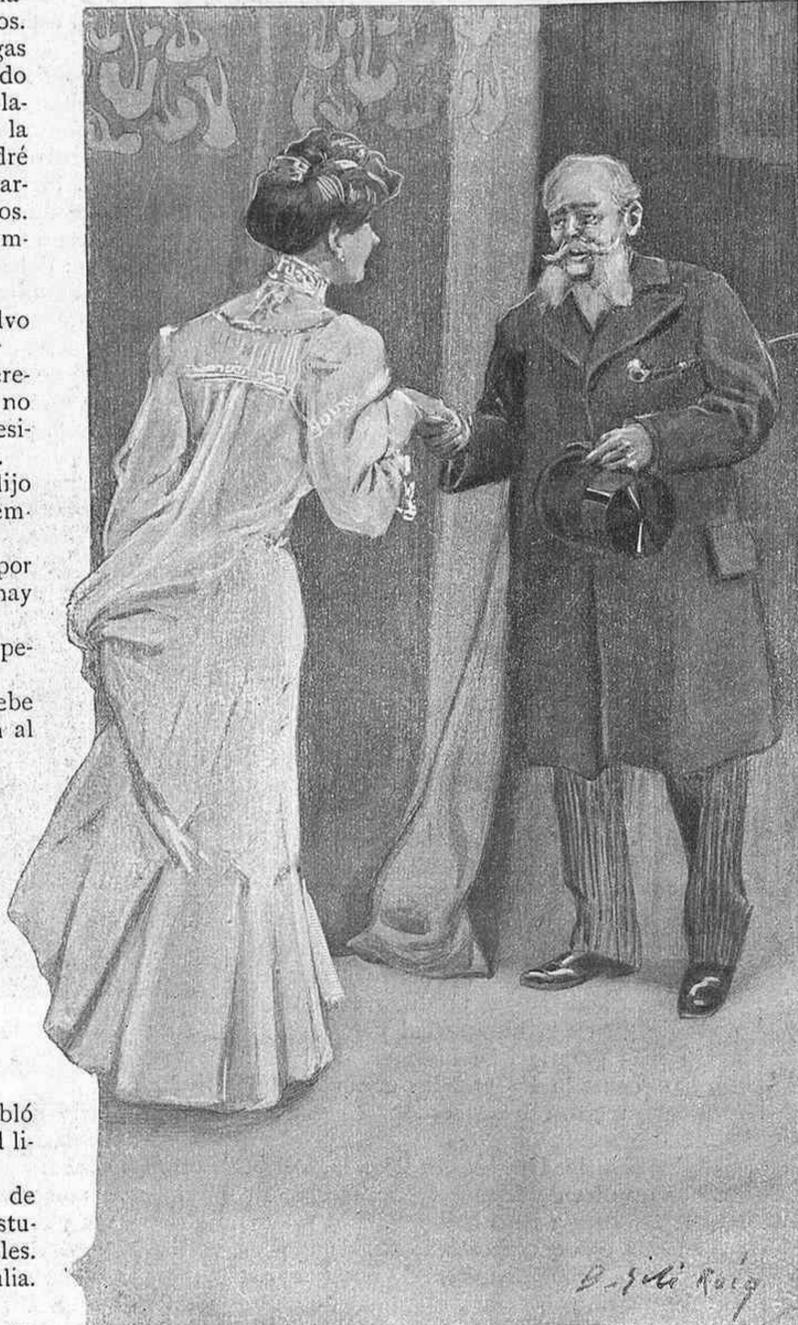
Los ojos de la señorita Brelet se encontraron con los de Aurette con una expresión tan dulce, tan inteligente, tan llena de admiración, que la señorita Leniel se acordó sin querer de la mirada que le había dirigido Natividad Villandré cuando estuvo á punto de atropellarla y vió que existía cierta semejanza entre los dos hermanos. Los lindos ojos azules parecía que la llamaban; Aurette se levantó y fué á sentarse al lado de la joven, que se ruborizó de placer.

—¡Oh, señorita, cuán contenta estoy de ver á usted!

—¿Por qué?, preguntó Aurette sonriendo.

—¡Mi hermano tenía tanto miedo de haberla asustado!.. Usted le habló muy bondadosamente, según me ha dicho; pero esa bondad podía no ser más que cortesía.

(Se continuará.)



—¡Ah, hija mía! Por más que digas, has nacido para el matrimonio

raba con singular atención. Realmente era demasiado alto para su edad, demasiado desarrollado intelectualmente, demasiado sagaz... ¿Sería verdad que se exponía á hacer de él una segunda Aurette? Entonces recordó lo que había prometido al doctor y se puso muy seria.

Juan, después de haber rezado silenciosamente, se deslizó en su cama estrecha, y con un gesto adorable de niño mimoso, tendió los brazos á su tía para darle las buenas noches. Aurette se sintió profundamente conmovida y acometida de grandes ganas de llorar; pero como estaba acostumbrada á reprimirse, las lágrimas se detuvieron al borde de sus ojos, y con un movimiento de infinita dulzura se arrodilló junto á la cama, cogió las dos manos del niño entre las suyas y después de haberle besado cariñosamente le dijo:

—¿Has rezado por tu madre que está en el cielo?

—Sí, respondió Juan sorprendido.

—¿Piensas en ella alguna vez?

—¡En ella! ¡En mi madre que está en el cielo!., exclamó vacilante, como si quisiera poner en orden sus pensamientos.

Cuatro años hacía que repetía aquella frase mañana y tarde sin comprender su verdadero sentido; y ahora miró perplejo á su tía y en sus ojos, tan parecidos á los de ésta, brilló una interrogación casi espantada.

—¿Te acuerdas de tu padre, Juan?

—¡De papá! ¡Oh, sí, ya lo creo! No hace tanto tiempo...

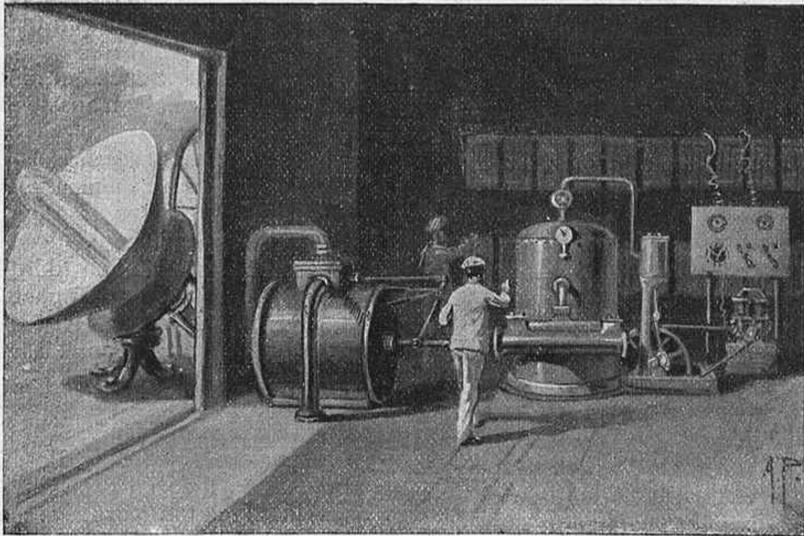
El pecho del niño pareció levantarse á impulsos de un sollozo y Aurette oprimió aún más tiernamente las dos manos que tenía entre las suyas.

—Y de tu mamá, ¿te acuerdas?

—¿De mamá? Qué, ¿no eres tú mi mamá?... ¡Ay! Es verdad..., no eres tú, puesto que te llamas señori-

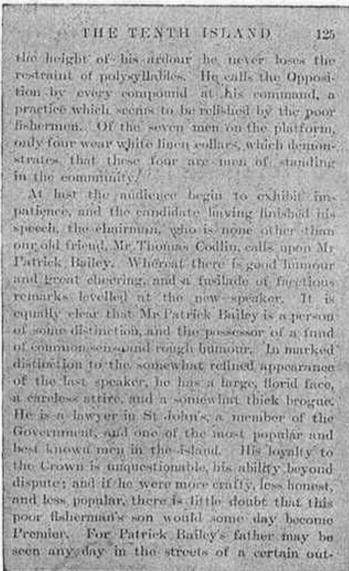
## ALGUNOS PROBLEMAS CASI RESUELTOS POR LA CIENCIA

Uno de los problemas que han preocupado á los hombres de ciencia durante el último cuarto de siglo ha sido hallar el modo de utilizar el calor solar. Nada nos interesa tanto como tener provisión de calórico



Máquina solar de Tesla. El calor del sol pone en movimiento una máquina de vapor, que produce electricidad que se acumula en baterías

para atender á nuestras necesidades económicas é industriales. Hasta ahora los inventores no han dado con la manera de conservar el calor, y eso á pesar de preverse que ha de llegar el funesto día en que esta cuestión sea de vida ó muerte para los habitantes de la Tierra. Como ya dijo antes Stephenson, el sol es quien en realidad pone en movimiento todas nuestras máquinas, si bien indirectamente; pues ¿qué es el carbón sino fuerza solar almacenada? Según el profesor Langley, de cada vara cuadrada de superficie



La tipografía del porvenir. Facsímile de la página de un libro impreso sin ninguna clase de tinta

terrestre expuesta á los rayos perpendiculares del sol se podría obtener más de un caballo de vapor de fuerza. Por lo tanto, en una área menor que la de Londres el calor del mediodía en uno de mediana temperatura, sería suficiente para hacer funcionar todas las máquinas que hay en el mundo. Uno de los primeros que llevaron á la práctica esa idea fué Mr. Mouchot, que construyó una máquina solar parecida á un gigantesco paraguas invertido. Ese reflector parabólico concentraba el calor en una caldera situada en el foco, la que ponía en movimiento una máquina de vapor. Mr. Ericsson la perfeccionó; pero hasta ahora se tropieza con la dificultad del excesivo coste de producción.

«Espero que ha de llegar el día—ha dicho recientemente M. Tesla—en que con un aparato que he inventado dominaré de tal modo los rayos solares, que ellos moverán toda la maquinaria de nuestras fábricas y todos los trenes y carruajes, servirán de combustible en todas nuestras cocinas y darán cuanto luz necesite el hombre, así de noche como de día. En resumen, sustituirán á la leña y al carbón en la producción de fuerza motriz, calor y luz eléctrica.»

Su idea es bastante sencilla: consiste en concentrar el calor del sol en un foco por medio de una serie de espejos y cristales de aumento; el calor intenso producido de ese modo va dirigido á un cilindro de

cristal lleno de agua preparada químicamente para que con gran rapidez se convierta en vapor, el que hará funcionar una máquina que á su vez produzca electricidad, la que se irá recogiendo en baterías acumuladoras, obteniéndose de este modo una provisión de ella grande y económica para toda clase de aplicaciones. Diseminando por todas partes esas estaciones solares por miles, quedaría satisfactoriamente resuelto para la humanidad todo el problema industrial.

El profesor Berthelot ha hablado de la electricidad que podría obtenerse aprovechando la movilidad del mar. Si de ese modo pudiéramos hacernos con un manantial continuo de electricidad para calefacción y fuerza mecánica, el problema quedaba solucionado; pero casi todos los hombres de ciencia opi-

nan que al sol y á la fuerza solar es adonde tiene que dirigir la vista el hombre del porvenir. Guillermo Siemens ha valorado la temperatura sensible del sol en 3.000° del termómetro centígrado, inmenso depósito de calor adonde se podrá acudir cuando se haya concluido la actual provisión de carbón. El que halle la manera de aprovechar para la industria la gran fuerza solar que hoy se pierde en los desiertos del Africa del Norte ó en las costas del Mar Rojo, produciría en el modo de ser de la humanidad una revolución más grande que ninguna de las que han causado los grandes conquistadores que registra la historia.

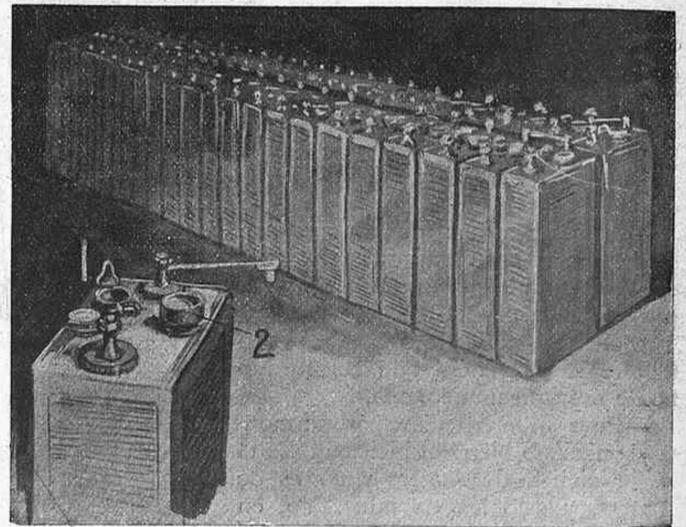
De los Estados Unidos nos llega la noticia de otro invento que ha de formar época, debido al insigne americano Tomás Alva Edison. Esta vez se trata de una batería de acumuladores que, según dice, podrá recorrer 100.000 millas antes de agotarse; por la módica suma de 200 dólares, el que la compre podrá disponer de una fuerza motriz que no hay necesidad de renovar en quince años.

Después de muchas experiencias con diversas substancias, Mr. Edison por fin ha hallado que el cobalto puede substituir al plomo en la composición de la pila eléctrica. Pero siendo aquél uno de los

ba el cobalto en cantidad suficiente para poderlo utilizar con ventaja; y ha logrado descubrirlo en abundancia en el Canadá, Wisconsin, Oregon y Kentucky. En la substitución, pues, del plomo por el cobalto está el fundamento de la nueva invención.

No hace mucho que el profesor R. M. Duncán escribía: «La celuloide (pulpa de madera) es, dentro de ciertos límites, extraordinariamente sensitiva. A una substancia conocida por diazo-primulina la afecta la luz con mucha lentitud; pero si se la coloca sobre un papel de celuloide, por causas que no se conocen todavía se descompone espontáneamente á la luz del sol. De este hecho ha tomado origen un procedimiento de impresión fotográfica negativa. También hasta cierto punto parece que es la celuloide buena conductora de la electricidad.»

Fíjese una moneda al extremo positivo de una batería y un pliego de papel húmedo al negativo; oprímase la primera contra el segundo, y después de re-



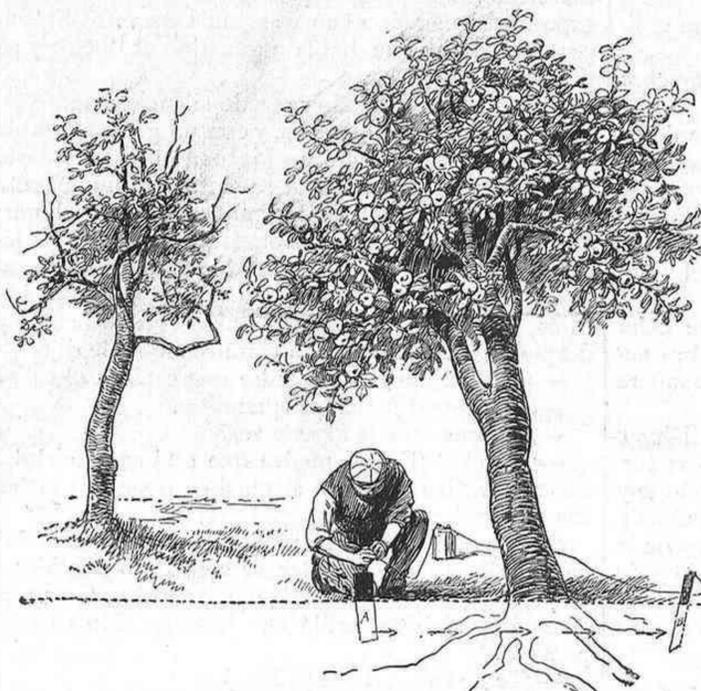
La nueva batería prometida por Edison, que resolverá el problema de la traslación rápida y económica

velarlo apropiadamente, aparece su imagen. Si se cambia la polaridad y se repite la operación, no se notará ningún resultado aparente; pero aun después de transcurridos meses, si se le trata con una sal de plata y un revelador, se verá en seguida la imagen de la moneda. Nada tiene de imposible que este hecho, al parecer insignificante, nos lleve á hallar la manera de imprimir eléctricamente sin necesidad de tinta.»

Con frecuencia se ha hecho la prueba de la moneda; de esto á probar de imprimir una página con caracteres de imprenta no había más que un paso. Según nuestras noticias, la primera tentativa que se ha hecho es la que reproduce el grabado adjunto.

Mr. E. K. Davenport asegura que «los ingredientes que efectuaron el ennegrecimiento de las partes puestas en contacto con el metal estaban contenidas en el papel, hecho con pulpa de Terranova.» Claro está que el invento todavía deja mucho que desear desde el punto de vista comercial; pero ¡qué campo tan ancho nos presenta ante la vista este descubrimiento, aun limitándolo á la impresión económica de los periódicos! Se dice que con penique y medio de esa solución se puede impregnar un quintal de papel. Si se llegan á descubrir diversas soluciones que sometidas al choque eléctrico produzcan distintos colores, entonces hay que convenir en que los hados han decretado la próxima desaparición de los fabricantes de tinta.

Se sabía desde hace tiempo que la electricidad tenía su valor en la viticultura, pero hasta ahora no se habían hecho experimentos en grande escala. La electrocultura está ahora entrando en Suiza en una nueva etapa bajo la dirección de Mr. Adolfo Barde. No solamente se ha visto que un *voltage* alto hace adelantar el crecimiento de las vides, sino que también concluye con la plaga de la filoxera. Asimismo se ha aplicado á los manzanos el método de Fuch: uno, en las cercanías de Dieppe, ha dado sorprendentes resultados, con una producción muy superior á la de sus demás compañeros.—ARTURO J. DELING.



Electrocultura del porvenir. A y B son placas de metal enterradas en la tierra á los dos lados de un árbol. Una corriente que entra en A, pasa por debajo de la tierra y por las raíces hasta B. El árbol que se ve á la izquierda no ha sido sometido á la corriente eléctrica.

metales más escasos, no quedaba resuelto el problema completamente. Por ese motivo hizo grandes exploraciones por los Estados Unidos por ver si halla-

en las cercanías de Dieppe, ha dado sorprendentes resultados, con una producción muy superior á la de sus demás compañeros.—ARTURO J. DELING.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN  
POR AUTORES Ó EDITORES

ANTONIO MONTES. — Un tomo de 94 páginas; volumen VIII de la Biblioteca Sol y Sombra, que con tanto éxito publica en Madrid el editor Ginés Carrión. Precio, 50 céntimos.

CAPÍTULOS DE UNA HISTORIA CIVIL Y MILITAR DE COLOMBIA, por Francisco J. Vergara y Velasco. Segunda serie. — Un cuaderno de 64 páginas impreso en Bogotá, en la Imprenta Eléctrica.

EPÍTOME DE GRAMÁTICA CASTELLANA, DE CONFORMIDAD CON LOS PRECEPTOS DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, por Primitivo Sanmartí. — Un tomo de 292 páginas, editado en Barcelona por D. Antonio J. Bastinos. Precio, 1'50 pesetas.

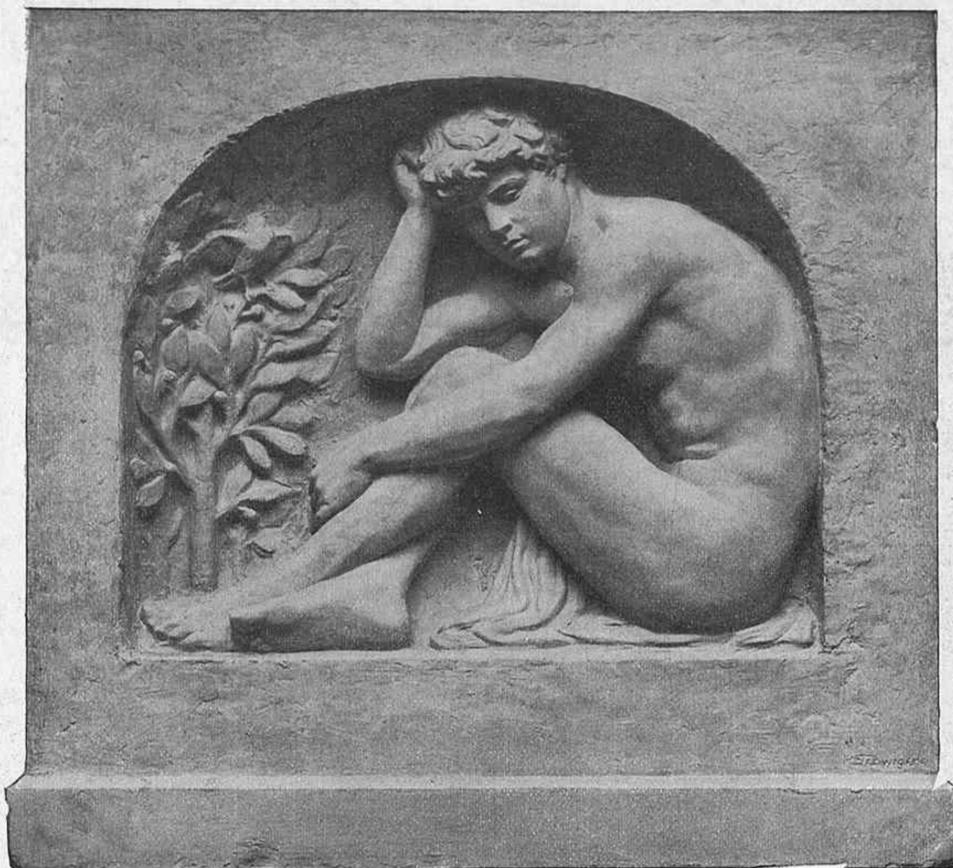
COMPENDIO DE GRAMÁTICA CASTELLANA, por P. Sanmartí. Décima edición. — Un tomo de 520 páginas, editado en Barcelona por D. Antonio J. Bastinos. Precio, seis pesetas encuadernado en percalina.

NOCIONES DE ORTOLOGÍA CASTELLANA, por P. Sanmartí. — Un folleto de veinte páginas, editado en Barcelona por D. Antonio J. Bastinos. Precio, 50 céntimos.

LITERATURA MILITAR PRECEPTIVA, por D. Fernando Allolaguirre. — Un tomo de 96 páginas, primera parte en que se estudia la literatura general, en seis capítulos dedicados al arte, á la literatura, al género oratorio, al discurso, al género didáctico y á la historia. La obra ha sido premiada con una cruz blanca del Mérito Militar y editada en Madrid por los «Anales del Ejército y de la Armada.»

TRATADO DE METODOLOGÍA Y CRÍTICA HISTÓRICA Y ELEMENTOS DE CRONOLOGÍA COLOMBIANA, por F. J. Vergara y Velasco. — Un tomo de 164 páginas con un prólogo de Luis Trigueros, impreso en la Imprenta Eléctrica de Bogotá.

EL GUSANO DE SEDA, por Alfonso Nogué. — Un tomo de 66 páginas en que se estudian la historia del gusano de seda, su cría, sus habitaciones, los cuidados que requiere, su alimentación, sus enfermedades y la manera de curarlas. Contiene además un estudio de la morera, su cultivo, sus trasplantes, sus enfermedades y causas de su degeneración y algunas notas referentes al cultivo de otros árboles cuyas hojas alimentan al gusano de seda. Editado en Barcelona por Francisco Puig. Precio, 1'50 pesetas.



Relieve para un sepulcro, obra de Juan Schwegerle

EL SANTO EVANGELIO. Los cuatro evangelios compilados en uno solo por Primitivo Sanmartí. — Un tomo de 332 páginas, ilustrado, publicado con licencia del Ordinario y editado en Barcelona. Véndese encuadernado á una peseta en la Librería Católica y en la de Subirana hermanos.

CRÓNICA DE LA FIESTA DEL ARBOL EN ESPAÑA. AÑO 1906. — Un tomo de 125 páginas con numerosos grabados, publicado por la Asociación de los Amigos de la Fiesta del Arbol en Barcelona, é impreso en esta ciudad en la tipolitografía de J. Casamajó.

LA EVOLUCIÓN DEL ACENTO Y BREVE CRÍTICA AL SISTEMA DE ACENTUACIÓN IMPUESTO POR LA REAL ACADEMIA, por Juan B. Selva. — Folleto de 30 páginas, impreso en Buenos Aires en la imprenta de Félix Lajouane.

ELENA, poema por A. Lleras Godazzi. — Folleto de 12 páginas, impreso en la Tipografía Moderna, en San Fernando de Apure (Venezuela).

VALOR, por Modesto Urgell. — Drama en un acto estrenado con buen éxito en catalán y castellano en los teatros Principal y Eldorado de Barcelona. Edición castellana, impresa en Barcelona en la imprenta Badía. Precio, una peseta.

EL GUSANO DE SEDA, por Alfonso Nogué. — Un tomo de 66 páginas en que se estudian la historia del gusano de seda, su cría, sus habitaciones, los cuidados que requiere, su alimentación, sus enfermedades y la manera de curarlas. Contiene además un estudio de la morera, su cultivo, sus trasplantes, sus enfermedades y causas de su degeneración y algunas notas referentes al cultivo de otros árboles cuyas hojas alimentan al gusano de seda. Editado en Barcelona por Francisco Puig. Precio, 1'50 pesetas.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.— Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

**HARINA LACTEADA NESTLÉ**

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

**Dentición**

**JARABE DELABARRE**

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, París, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

**REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD**

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

**ASMA**

CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO Y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

**HISTORIA UNIVERSAL**

ESCRITA PARCIALMENTE POR VEINTIDÓS PROFESORES ALEMANES BAJO LA DIRECCIÓN DEL SABIO HISTORIÓGRAFO GUILLERMO ONCKEN

Consta de 16 tomos con grabados intercalados y una numerosa colección de láminas cromolitografiadas, mapas, planos, facsímiles, etc.

Se vende á 320 pesetas el ejemplar ricamente encuadernado con tapas alegóricas, pagadas en doce plazos mensuales. — MONTANER Y SIMÓN, EDITORES.

**Historia general del Arte**

Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Glíptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Paris

1849

**PUREZA DEL CUTIS**

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

**LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès**

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa GANDÈS

St-Denis 16

**PECHO IDEAL**

Desarrollo — Belleza — Dureza de los PECHOS en dos meses con las Pildoras Orientales, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdean, PARIS. Un frasco se remite por correo, enviando 7'50 pesetas en libranzas ó sellos á Cebrián y C.ª, Puertaferriera, 18, Barcelona. De venta en Madrid: Farmacia Gayoso, Arenal, 2. En Barcelona: Farmacia Moderna, Hospital, 2.

**ROB**

**BOYVEAU - LAFFECTEUR**

\* Célebre Depurativo Vegetal cura las

**ENFERMEDADES DE LA PIEL**

Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.

EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO

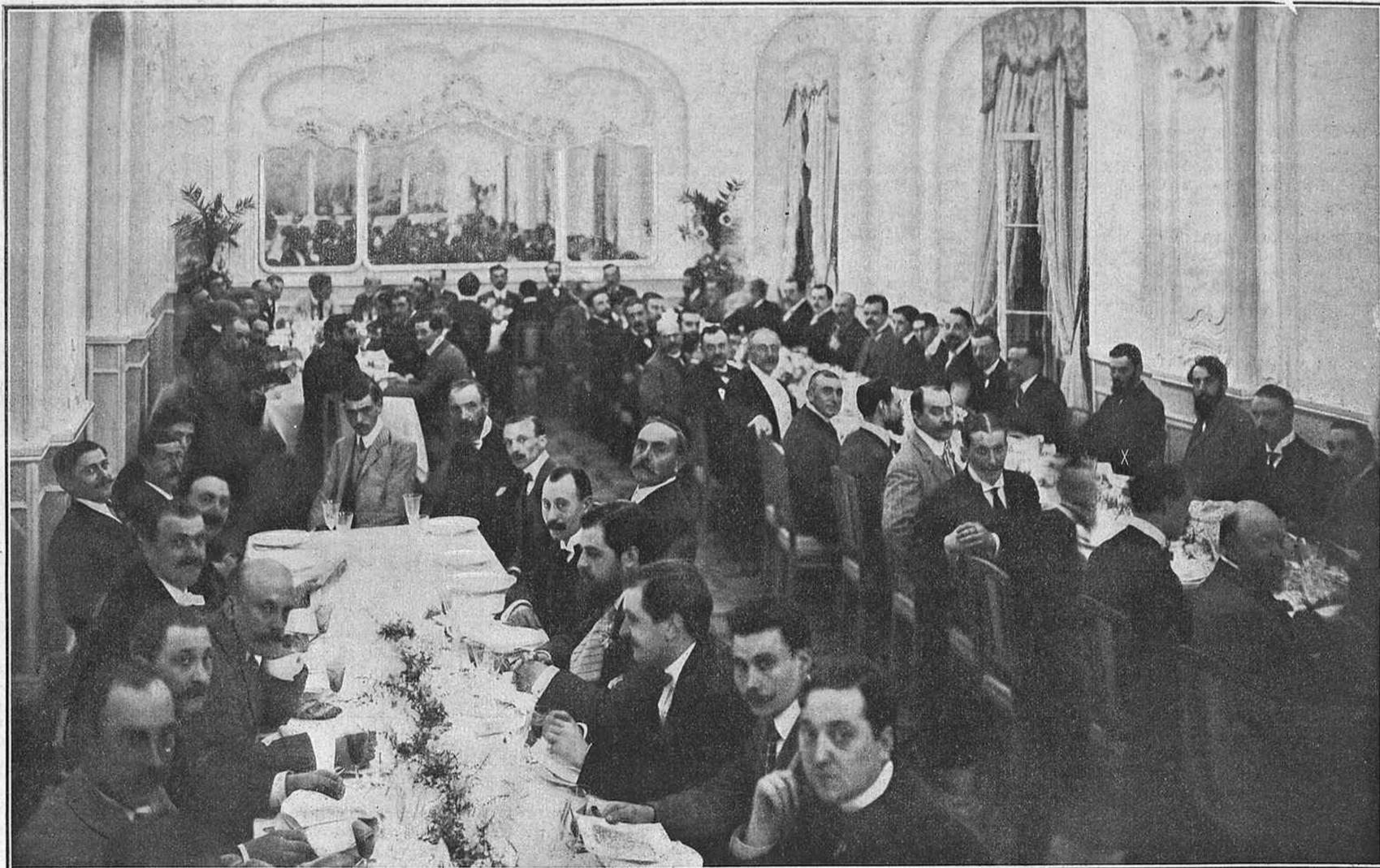
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C.ª, 102, R. Richelieu, Paris. Todas Farmacias.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**

Curadas por el Verdadero Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

**PATE EPILATOIRE DUSSEER**

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



BARCELONA. - BANQUETE OFRECIDO POR LA COMISIÓN EJECUTIVA DEL MONUMENTO AL DR. ROBERT AL ESCULTOR JOSÉ LLIMONA (x), Á QUIEN LE HA SIDO CONCEDIDA LA MEDALLA DE HONOR EN LA V EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE. (De fotografía de A. Merletti.)

El Jurado de la V Exposición Internacional de Arte ha concedido la más alta recompensa, es decir, el premio de honor, al escultor Sr. Llimona por el fragmento del monumento al Dr. Robert; y la comisión ejecutiva de ese monumento, queriendo dar un testimonio de admiración al artista premiado, organizó en obsequio al mismo un banquete que se efectuó hace pocos días en la «Maison Dorée.» Asistieron á la fiesta 125 comensales, entre los cuales tenían representación brillantísima el arte, la literatura, la industria y el comercio, y á la hora de los brindis hablaron el Dr. Fargas, vicepresidente de la citada comisión, y los señores

Baixeras, Gili y Roig, Cabot, Rusñol, Albó, Utrillo (M.), Atché, Guiloni, Trías, Cunill, Vega, Rialp, Pirozzini, Rodríguez Codolé, Vidal y Ribas, Riquer y Roget, dedicando todos entusiastas frases al obsequiado y á los sentimientos que le han inspirado la grandiosa obra que perpetuará la memoria del eminentísimo Dr. Robert. El Sr. Llimona, profundamente emocionado, pronunció sentidas palabras de agradecimiento.

La fiesta resultó hermosa y bajo todos conceptos digna del ilustre artista en cuyo honor se había organizado.

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*



SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE  
LOS VERDADEROS Y EFICACES  
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA  
COLORES PÁLIDOS  
EMPOBRECIMIENTO  
de la SANGRE  
Escrófulas, etc.

**PILULES**  
de **BLANCARD**

EXIGIR LA SIGLA VERDE

al IODURO de HIERRO  
INALTERABLE

APROBADAS  
por la  
Academia  
de  
MEDICINA

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito. BLANCARD & Co., 40, R. Donaparte, París.

**AVISO Á  
LAS SEÑORAS**

**EL ANIOL** DE LOS  
JORET HONOLLE

CURA  
LOS DOLORES, REÍARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS

F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN - PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

INFLUENZA ★ RACHITIS  
ANEMIA ★ CLOROSIS

**VINO  
AROUD**

CARNE-QUINA-HIERRO

El más poderoso Regenerador.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

Depósito EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

**AGUA LÉCHELLE** Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

**HEMOSTÁTICA**

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - Depósito EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.